

## VIII

# CONCLUSIONES: APROXIMACIONES A LA IDENTIDAD CULTURAL

### RECAPITULACION DEL ANALISIS INTERNO Y EXTERNO DE LA ORGANIZACION DEL TERRITORIO

De los objetivos iniciales planteados en el inicio de este estudio podemos afirmar, tras su realización, que se ha alcanzado un nivel de conclusiones que, aunque en absoluto pretenden adquirir naturaleza de definitivo, permite trazar los primeros pasos sólidos en un camino apenas abierto.

En este sentido, el primer objetivo de este análisis ha sido plantear las pautas iniciales de una teoría cuyo afianzamiento habrá de constatar en futuras investigaciones, dentro de un conjunto de conocimientos normalizados y articulados en un periodo y un territorio apenas favorecido por la investigación arqueológica. Así, algunas carencias tan fundamentales como la escasez de necrópolis excavadas han determinado, en consecuencia, las implicaciones culturales, sociales y económicas aportadas por esta categoría de yacimientos.

Por ello estas páginas, más que concluir un trabajo, son una vía abierta a otros nuevos estudios, encaminados a consolidar o cotejar las líneas de investigación recapituladas en estas conclusiones.

En razón de la naturaleza y de la categoría de los datos analizados, los resultados y las conclusiones se han dividido en cuatro apartados principales:

1. *La elaboración de una base de datos (Repertorio y estudio crítico por yacimientos).*
2. *El análisis de los datos según su naturaleza, funcionalidad y tiempo histórico.*
3. *El planteamiento de una propuesta evolutiva.*
4. *El intento aproximativo a rasgos de la identidad cultural.*

1. *La elaboración de una amplia y detallada base de datos*, normalizada en extenso, sustentada por el cúmulo de toda la información disponible y la aplicación de la metodología adecuada a los objetos específicos y a la naturaleza de los datos, ha sido el primer objetivo.

En tal sentido se ha recogido cuanta información publicada e inédita ha sido posible sobre medio centenar

de excavaciones y sondeos realizados a lo largo de las tierras alentejanas y extremeñas de la cuenca del Sado y del tramo inferior del Guadiana. Gran parte de esta documentación se encontraba dispersa y fragmentada, como los numerosos materiales depositados en museos provinciales y locales (Badajoz, Évora, Beja, Setúbal, Santiago de Caçém, Lisboa, etc.). Además, la falta de actuaciones en profundidad hizo aconsejable completar y ampliar la información, supeditándola a la realización de sondeos arqueológicos (Nertóbriga, El Castaño), además de estudiar directamente el resultado de excavaciones cuyas memorias permanecían inéditas (Alcazaba de Badajoz, Herdade do Pomar 1) y, lo que creemos ha sido nuestro más gratificante y arduo esfuerzo, la aportación desproporcionada de las excavaciones sistemáticas que se han llevado a cabo en el Castrejón de Capote.

Todo ello se ha completado con la necesaria recopilación, interpretación e interrelación de las fuentes escritas de la época, bien sean en textos greco-latinos, como en inscripciones romanas con nombres indígenas o en la escasa, pero existente, numismática prerromana localizada en el área.

El resultado final ha sido el establecimiento de un *CORPUS* organizado de 133 yacimientos arqueológicos que han servido como *UNIDADES BASICAS* de información, aglutinadoras del dato escrito y arqueológico en los siguientes CAMPOS:

- a) Localización.
- b) Emplazamiento y relación con el entorno.
- c) Síntesis de la información y apéndices.
- d) Cronología.
- e) Valoración cultural.
- f) Bibliografía y/o referencias.

Desgraciadamente la longitud de tal compendio superaba, en mucho, las capacidades de publicación normales, por lo que se optó por adjuntar un apéndice sintetizado con la localización, bibliografía y un somero comentario de cada yacimiento.

2. *La información normalizada ha permitido el análisis del dato, según su naturaleza y funcionalidad, enca-*

minándolo hacia la definición de pautas sistemáticamente recurrentes o diferenciadas, junto con las singularidades propias de toda realidad histórica.

En referencia al Microespacio, estas pautas describen el *COMPORTAMIENTO CONSTRUCTIVO* de las poblaciones implicadas, fundamentalmente beneficiadas de la abundancia de rocas ígneas (granitoides, grauwacas) y metamórficas (pizarras, gneis) con las que se construyeron, con profusión, *paramentos completos de piedras* (Capote, Castillejos 2, Pedrão, La Martela, Nertóbriga). Ello no excluye la presencia del uso del *tapial para los alzados* sobre zócalo de piedra, cuando ésta no es abundante o de calidad, tal como ocurre en Badajoz (sector SPC) o el uso de paredes de postes y *entramado de ramaje*, ayudados de los mismos afloramientos rocosos (Herdade de Pomar 1, Pedra d'Atalaia, Sierra de la Martela).

Sobre sus *techumbres*, generalmente no conservadas, el estudio del régimen pluviométrico, atlántico o de transición mediterránea y la evidencia arqueológica, permite conjeturar el uso de sistemas a dos vertientes y la cobertura con materiales perecederos, aunque conocemos casos, como el castro de Capote, donde parecen confirmarse técnicas más complejas, con la utilización de pizarras como elemento principal.

También, con objeto de aproximarnos más detalladamente a los elementos constructivos aislados y, sobre todo, a los que puedan definir las áreas de actividades económicas con testimonios reales dentro de los poblados, se analizan otros elementos de disposición interior: pavimentos de tierra batida, quemada o de lajas de cuarcita; silos; hogares centrales o laterales; hornos metalúrgicos; bancos corridos; apoyos o basas centralizadas; zaguanes o molinos, etc.

La misma dinámica se ha planteado en el análisis del *SENTIDO FUNCIONAL DE LAS CONSTRUCCIONES*, con objeto de identificar los espacios correspondientes al uso privado o doméstico, y sus diversas variables (cronológicas y sociales), de las construcciones de utilización pública como los *sistemas y edificaciones defensivas*, productivas (estancias dedicadas a la molienda, a la *manipulación metalúrgica*, al *almacenamiento de víveres*, etc.), *cultuales* (templos de Miróbriga, São Miguel de Mota; depósito secundario de Garvão), *funerarias* (tumbas en hoyo y en «PI»), *políticas* (Altar de Capote) y, como no, de *prestigio y ostentación* (edificio del Sector B de Segovia).

En este sentido destacamos la presencia de estancias dedicadas a funciones muy singulares, como la LLO-A de Capote, definida por un altar central construido en piedra como los bancos que lo rodean, y entre los cuales no hay más espacio que para estar sentado. Se trata de un ámbito único, cuya función específica no sólo estaba condicionada por el escaso espacio disponible (no ocupado por la mesa-altar y los tres bancos corridos) sino también por su única apertura, uno de sus flancos, completamente abierto a la calle en el punto central del castro. Los numerosos restos abandonados y las citas etnográficas permiten considerarlo como lugar público de festejo y discusión, con participación de gran parte de los habitantes adultos (si no de la totalidad) y coordina-

ción por parte de un pequeño núcleo de jerarcas a los que estarían reservados los bancos corridos (poco menos de una veintena).

En el estudio del Mesoespacio se ha prestado especial interés a los tipos de *EMPLAZAMIENTOS Y MORFOLOGIA DE HABITATS* y necrópolis. En este sentido, cabe destacar el predominio de poblados de pequeña y mediana extensión (entre 0,5 y 3,5 hectáreas) localizados en alturas, bien aisladas en cerros o crestas montañosas, bien sobre espigones fluviales que aprovechan la confluencia de dos ríos o arroyos o la fuerte curvatura de un meandro.

En general estas disposiciones, que se benefician de las facilidades defensivas del emplazamiento, e incluso las refuerzan, explican que la gran mayoría de los poblados presenten *NIVELES DE DEFENSAS* de tipo mixto/adaptado al subsuelo, según las categorías de González Tablas, Arias y Benito para los castros abulenses (1986). Pero ello no es óbice para constatar desde la presencia de pequeños poblados sin amurallar hasta los más complejos, como Capote, en los que se localizan dos o más recintos interiores, puertas, rampas de acceso, torres, fosos, e incluso, líneas de piedras hincadas (Paso Alto, Pico del Castillo de Aroche).

Tales sistemas defensivos tienen su reflejo en la *ORGANIZACION Y ORDENACION INTERNA DEL HABITAT*, desde los esquemas más elementales, con estructuras exentas de planta redonda, elipsoidal o rectangular condicionadas totalmente al subsuelo, a los organizados en torno a patios (El Castañuelo), pequeñas plazas centrales (Pedrão) o a calles longitudinales (Capote).

Por el estudio de las superficies ocupadas (nunca superiores a las 8 hectáreas) y por la categoría y organización de las construcciones internas, la Arqueología va confirmando las informaciones transmitidas por Estrabón sobre una ocupación del terreno en aldeas y *oppida*, faltando todo indicio de grandes ocupaciones al estilo de las ciudades meridionales (Carmo, Cástulo) o de los castros vettones (Cogotas, Miranda).

El análisis del Mesoespacio ha permitido, también, establecer las *RELACIONES CON LOS ENTORNOS DE LOS POBLADOS/NECROPOLIS* especialmente enfocadas hacia la definición del territorio inmediato y de los diferentes campos de dominio sobre los recursos críticos. Sobre el primer punto, la aplicación de los siempre subjetivos análisis han dado extensiones que oscilan entre los 2 y los 4, 5 km. de radio, dependiendo del grado de inclinación del terreno, la naturaleza de los recursos y de las corrientes fluviales entre otros factores. En este territorio, y en otra orla que calculamos con el doble de la distancia, se han definido los recursos principales de índole hídrica, agropecuaria, cinegética, minera, metalúrgica, defensiva y comercial, en la medida que el dato arqueológico, etnográfico y geológico lo permite.

La utilización de representaciones de dispersión espacial permite observar una preferencia generalizada por emplazamientos con pluralidad de recursos, aunque existe una cierta diferenciación en zonas donde las riquezas agropecuarias son especialmente importantes (tierras divisorias entre el Sado y el Guadiana), zonas

eminentemente mineras, dedicadas a explotaciones menores e intensivas de hierro, cobre, plata y oro (cuenca del Ardila: la Beturia céltica) y demarcaciones específicamente estratégicas y controladoras de la producción, definidas por emplazamientos singulares (estuarios del Sado, Mira, Guadiana, etc.).

Respecto a las pocas necrópolis localizadas en relación con sus poblados, sólo indicar que muestran unos emplazamientos muy homogéneos, situándose a escasos centenares de metros de distancia, habitualmente bajo dominio visual y siempre orientadas hacia el Oeste o Suroeste del hábitat.

Por último el análisis macroespacial ha proporcionado las más interesantes *PAUTAS DE DISPERSION DEL POBLAMIENTO*, fundamentalmente relacionadas con la red de corrientes fluviales menores y con las principales afloraciones mineras. Además se ha profundizado en la definición de las *PROBABLES AGRUPACIONES COMARCALES*, condicionadas por la intensidad y el tipo de relaciones entre los poblados.

De los resultados obtenidos destaca el papel de concentración que juegan las poblaciones del estuario del Sado, Caetóbriga-Setúbal y Salacia, aglutinadoras de la explotación de los territorios cercanos y de las comarcas divisorias del Sado-Guadiana. Se trata de la más compleja propuesta de esquema centripeto, con un *SISTEMA GEOPOLITICO* definido por dos niveles de relaciones (esquema Ib, comarcas A1.A6) referentes, primero a la zona central dependiente directa del área nuclear Caetóbriga-Salacia, y, en segundo término, a un *hinterland* formado por pequeñas concentraciones comarcales que ocupan las divisorias de aguas entre el Sado, Tajo, Guadiana y Mira. En suma, el sistema nos muestra un panorama que entendemos mejor en un marco de desarrollo de relaciones coordinadas más que subordinadas, al contrario del que creemos documentar en alguna concentración interior (esquema II, comarca B.3 de Azougada) donde parece que existe un grado mayor de centralización, según los esquemas del *MODELO SOCIOECONOMICO DE OCUPACION DEL TERRITORIO* desarrollado por Patrice Brun (1988). En este sentido, la morfología y funcionalidad de sus hábitats denota no sólo una subordinación más fuerte respecto a un núcleo central, ocupado en este caso por Azougada-Moura-S. João, sino la primera conciencia clara de un territorio dominado, dentro de esquemas que, quizá, de no haberse interrumpido su propia evolución, podrían haber desembocado en una formación «protoestatal».

Además no se ha dejado de incidir en el análisis de la cultura material mueble. Las *CERAMICAS* sirven para definir el rasgo con mayor personalidad de estas poblaciones, pues sobre ellas se ha plasmado uno de los agentes que mejor reflejan el sentimiento étnico de un pueblo: el *ESTILO*, faceta fundamental en la aproximación a la identidad cultural de estos Célticos.

Así es fácil observar, gracias a los venturosos hallazgos de los depósitos de Garvão y Capote, que se trata de producciones cerámicas muy singulares y extendidas por toda la región, según denuncian sus técnicas ornamentales más desarrolladas, como el estampillado, los

apliques y los calados. El gusto por la profusión de elementos decorativos aplicados, incisos, impresos, excisos, calados o estampillados define un estilo muy concreto, sin paralelos en otras regiones peninsulares.

Además se han revisado las muestras de coroplástica y en metal, de la toréutica, numismática, *ARMAS Y OBJETOS DE ADORNO PERSONAL*, como fibulas, agujas, broches de cinturón, cuentas y colgantes, así como las únicas producciones de joyería con interés, las placas repujadas. También entre estos materiales se localizan tipos y variantes de específica profusión. Nos referimos a las fibulas de esquemas peninsulares de La Tène I (Cabré y Morán III), muy similares a las no menos escasas «transmontanas» y al éxito de las espadas de hoja corta y empuñadura rematada en antenas atrofiadas, tradicionalmente conocidas como de tipo Alcácer, cuyo número se ha incrementado notablemente respecto a los estudios anteriores (Schüle, 1969; E. Cabré, 1989; Quesada, 1991) o a los pequeños cazos republicanos (*simpula*). No podemos, tampoco, olvidar que las escasas muestras de orfebrería refuerzan esta personalidad con la profusión de un tipo de «joya» en oro o plata que no tiene tampoco una especial repercusión en la Península. Nos referimos a las citadas placas, cuya presencia en los conjuntos de La Martela, Garvão o Serradilla, tiene paralelos más cercanos en ciertas regiones galas que en las hispanas. Cerámicas «a mano», bronzes ordinarios (fibulas), armas y joyería confirman un estilo específico, reconocido por estas tierras betúricas y alentejanas, y cuyas relaciones reafirman una fuerte naturaleza continental y atlántica.

3. *Por último, el tercer nivel de conclusiones ha servido para elaborar una propuesta de evolución cronológica que valga de marco referencial para pergeñar la dinámica cultural desarrollada, interrelacionando las informaciones escritas y el registro arqueológico analizado.*

Las fases, en número de cuatro a través de un rango temporal que se aproxima a cuatrocientos años (450 a 50 a. C.), se detallan en el apartado siguiente como resultado del engranaje de todos los datos, desmontados en el análisis, y del armazón conformado por los rasgos definitorios de la cultura material (y por los eventos históricos y filológicos relacionables), dentro de una propuesta de dinámica de transformación cultural coherente con la evolución prerromana.

## DESARROLLO DE LAS FASES CRONOLÓGICAS

El análisis de todos los elementos abarcados en los capítulos anteriores permite establecer la trayectoria temporal que atañe al área de nuestro estudio. Previamente, las divisiones planteadas en el análisis de las cerámicas tenían en cuenta la incidencia de estos restos que, forzosamente, han condicionado y guiado el esquema general que desarrollamos a continuación.

Pero además existen otros factores que se han tenido en cuenta. Por una parte, los materiales que con mayor o menor incidencia reflejan los cambios socio-culturales y

económicos de estas poblaciones: fibulas, armas, monedas, .... Por otra, la dinámica de las ocupaciones diacrónicas inferidas de los yacimientos, preferentemente de los poblados, aunque sin eludir las necrópolis. Por último, creemos que no deben dejarse fuera del entramado los hechos históricos conocidos, sucedidos bien en las tierras del Sado-Guadiana, bien en el exterior mediterráneo y europeo, cuya repercusión o relación sobre el desenvolvimiento cultural del mundo prerromano del Suroeste tuvo que ser notoria.

Es por ello que hemos iniciado estas conclusiones abordando un planteamiento previo de orden teórico que relaciona los dos últimos factores: la ocupación del territorio según la arqueología y el aporte de las fuentes escritas respecto a estas gentes y sus comunidades.

El primer punto a debate es, lógicamente, el concepto de lo que entendemos por Período Prerromano o Segunda Edad del Hierro en las tierras extremeñas y alentejanas. Recordamos que, en este sentido, los especialistas suelen mantener en uso estas clasificaciones, basadas en las viejas concepciones metodológicas, sin que sobre ellas se hayan realizado revisiones recientes que las reconfiguren.

Algunos trabajos en las últimas décadas han demostrado la debilidad de la aplicación de tales términos generales sin la debida revisión y adaptación a las distintas problemáticas de cada gran región natural (remitimos, entre otros, a los cercanos trabajos de Almagro-Gorbea, 1977 y 1986, sobre el fenómeno orientalizante y de Lucas Pellicer, 1987 sobre la problemática Primera Edad del Hierro peninsular). Pero tal perspectiva, que está en camino de solución en lo que respecta a los primeros siglos de la «civilización del Hierro» en el Suroeste peninsular (véase la reciente publicación *Tartessos y Extremadura*, 1990), no se ha planteado aún para los siglos siguientes, denominando «prerromano» al vago período que precede a la presencia romana en la región.

Tal como hemos tratado recientemente, incluso queda difuso cuanto entendemos por «presencia romana» en el Suroeste (Berrocal, 1989/1990, 103-122). El término «Período Protorromano» parece aceptable para las secuencias culturales ocurridas a partir de mediados del siglo II a. C., pero la cultura y organización indígena se mantiene como tal, al menos, hasta mediados del siglo I a. C. Por ello, y aunque sea por mera necesidad metodológica, la clara diferenciación de las pautas culturales y económicas respecto a los momentos anteriores y posteriores exige la demarcación de unos límites convencionales que sirvan para delimitar este Período.

Las evidencias elegidas como horizonte inicial parten, culturalmente, del claro significado que refleja la *PRESENCIA MASIVA DE MATERIALES GRIEGOS* en el Interior y en el Occidente de la Península. La cerámica remite a la segunda mitad del siglo V a. C. (Rouillard, 1991, 117-123; Shefton, 1979, 403-405).

**Históricamente** esta disposición de elementos foráneos, aunque sea dentro de los cauces comerciales abiertos por los tartésicos y fenicios (y posteriormente aprovechados por los púnicos) aparece dentro de una serie de transformaciones que, en el mismo Mediterráneo Occidental, ha sido relacionada con las consecuen-

cias arrastradas por la propia «caída» de Tartessos y su repercusión en un nuevo equilibrio de poder en el Suroeste peninsular (Castillo Alvarez, 1988).

**Arqueológicamente** esta transición ya fue detectada por Martín Almagro-Gorbea al utilizar el término de Período Postorientalizante:

«El apogeo que representa la cultura orientalizante, que caracteriza al período anterior, da la sensación que en este Período Post-orientalizante es sustituido por una regresión cultural acompañada incluso de un cambio en los focos irradiadores de las corrientes culturales.»

(Almagro-Gorbea, 1977, 507.)

Siguiendo las pautas cronológicas establecidas en Medellín, el citado arqueólogo fecha el inicio de este período en el 475 a. C., haciéndolo coincidir con el arranque de la Cultura de los Castros en Occidente y con el Ibérico-Turdetano en Andalucía Occidental (1977, 507-509 y fig. 201).

La datación, como fecha convencional de arranque, parece oportuna para un proceso de transición que, a nuestro entender, en el Sado-Guadiana inferior, entra en una fase final (Fase A o Inicial de nuestra propuesta) hacia el 450/425 a. C. Es por ello que consideramos este hito cronológico como margen amplio y siempre arbitrario del inicio del llamado Período Prerromano, arqueológicamente registrado en la fase B de Mártires de Alcácer do Sal (25.a), en el poblado de Corvo I (10.a) o en el final de la Fase A de Badajoz (4.a), donde sí hemos visto claro el desarrollo propuesto por Almagro-Gorbea.

Pero además tenemos otros datos que, si bien no tan directamente implicados o probados como los anteriores, pueden tener su reflejo en las transformaciones indígenas del Suroeste alentejano-extremeño.

No en vano, es hacia el 450 a. C. cuando Herodoto cita, por vez primera, la presencia de los celtas. Y lo hace, precisamente, al referirse a las tierras del Suroeste peninsular (*Her.*, II, 33; IV, 49).

Esta cita corresponde a un momento de especial convulsión entre las poblaciones célticas centroeuropeas. Bien por problemas internos o por los condicionantes que, por repercusión sobre éstas, producen los conflictos mediterráneos, lo cierto es que con el Hallstat D3 (500-450 a. C.) se desarrollan los últimos momentos de los importantes «reinos celtas» (old West Hallstatt chiefdoms):

«In summary, after the middle of the fifth century B.C. a rise in population in the peripheral zone, a possible loss of production relative to expectation in the core zone, and a realignment of the trading axes brought about by political changes in the Mediterranean, together with a range of other factors so far undetected, seem to have integrated the collapse of the socio-political system of west central Europe. *The immediate aftermath saw the beginnings of the Celtic migrations.*»

(Cunliffe, 1988, 35.)

En esta línea sobre oscuros procesos y posibilidades de conjetura, no es ocioso mencionar que entre el 450 y el 386 a. C., los celtas invaden Italia hasta la misma Ro-

ma (*Liv.*, V, 39-48), y en estos episodios Livio (V, 33, 2-6 y V, 34, 1-4) nos informa de la actuación motora de los *BITURIGES*, nación principal de los celtas armoricanos, cuyo nombre se encuentra repetido, siglos después, entre los *BETURICOS* del Guadiana (fig. 7).

Es probable que la presencia de Bitúrigos Vivisci en la desembocadura del Garona (Planhol, 1989) pudiera ser indicio de un movimiento más, hacia el Suroeste. Más abajo, en suelo vascón, se documenta el topónimo *BITOURIS* (*Tab. Pen.*), de emplazamiento desconocido (Paulys-Wissowa, 1958, voz Bitúris).

El tope final del Período Prerromano viene también definido por hechos históricos, culturales y arqueológicos. **Culturalmente** limitan el fin del período la implantación masiva de las producciones cerámicas romanas, sustituyendo plenamente a las indígenas (cosa que no ocurre con anterioridad) y la fundación de asentamientos (la refundación de otros por parte del mismo poder romano), como signo del dominio total sobre la región. Tal dinámica no se comprueba, arqueológicamente, hasta mediados del siglo I a. C., con la aparición de los *castella* tardo-republicanos (Castro Verde-Almodôvar, aislados tipo «Castelo da Lousa») y la probable «refundación» de *oppida* indígenas como Nertóbriga (31.a).

**Históricamente** estas evidencias están encuadradas en un proceso bien conocido que podemos delimitar entre dos hechos: la actuación de César como magistrado en el 61 a. C., poniendo paz y reorganizando el sistema de la población indígena, y el fin de la Guerra Civil en la batalla de Munda, en el 45 a. C.

En consecuencia, creemos que la fecha arbitraria del 50 a. C. es un tope válido para considerar el «fin» del Período Prerromano en el Sado-Guadiana inferior, aun sabiendo que el mundo cultural indígena perdurará durante algunos siglos más y que la última fase, e incluso la anterior, de este período podría denominarse muy bien «Protorromana».

Delimitado el marco cronológico creemos estar en condiciones para proponer la trayectoria temporal del proceso, tomando como base la dinámica inferida de la ocupación de los yacimientos analizados.

Teniendo en cuenta la desigualdad en los conocimientos y en el estado de la investigación se ha procurado extremar el rigor en la selección de aquellos poblados o necrópolis cuyos restos son lo suficientemente abundantes y significativos como para permitir reconocer el desarrollo temporal de su ocupación durante este tramo temporal. Huelga decir que, por estas condiciones, se han excluido la gran mayoría de yacimientos conocidos por prospecciones superficiales o por noticias de hallazgos aislados, más o menos fortuitos, que si bien sirven para afianzar o suponer con un aceptable grado de fiabilidad la ocupación prerromana, son del todo insuficientes como para conocer el desarrollo temporal de esta presencia.

Así, de los 133 yacimientos del repertorio inicial, solamente 45 son realmente útiles tal y como se configura en el gráfico de líneas de la figura 67.2.

El resultado final lleva a diferenciar, al menos, 6 agrupaciones enmarcadas entre los topes terminales de arranque y final del Período, de acuerdo a una sistemati-

zación en la que se refleja la secuencia representativa tanto del agotamiento del mundo anterior (yacimientos «tardo-orientalizantes», GRUPO 1) como de la permanencia y confirmación en el hábitat (GRUPO 2), o del establecimiento escalonado de comunidades en poblados fundados «ex-novo», en pleno proceso indígena (GRUPO 3) o como testimonios de una nueva época (GRUPOS 4/5 y 6).

**Grupo 1.** *Yacimientos tardo-orientalizantes que no superan la Fase Inicial o de transición.*

Está representado por un exiguo número de pequeños poblados y necrópolis con dataciones terminales en torno a la segunda mitad del siglo V a. C., y en los que no se constatan ocupaciones posteriores: Galeado (13.a), Neves II (33.a), Corvo I (10.a), El Castañuelo (8.a) y, probablemente, Azougada (3.a) aseguran e informan de la transición desde los siglos anteriores, dado que sus inicios se fechan con claridad, al menos, en el siglo V y que sobreviven hasta las primeras décadas del IV a. C. siendo amortizados en su transcurso (raramente superan el 350 a. C.).

**Grupo 2.** *Yacimientos orientalizantes que perduran a través de gran parte del mundo prerromano, manteniéndose en épocas posteriores.*

A diferencia de los anteriores se trata de estaciones arqueológicas con cierta trascendencia posterior que, en no pocos casos, llegan hasta la ocupación actual.

Ello es debido a sus emplazamientos, singularizados por posiciones de dominio y control sobre los más importantes recursos de la región, tal como se ve en Alcácer do Sal (25.a-38.a), Badajoz (4.a), Segovia (39.a), etc. Su papel de puente entre la época anterior y la prerromana se ve revalorizado al asegurar la conexión con el período siguiente.

**Grupo 3.** *Yacimientos de nueva fundación, aunque en momentos finales de la transición desde Orientalizante.*

Quizá la evidencia arqueológica no ha facilitado, por el momento, la certeza de una ocupación orientalizante, pero sí de los inicios del Período Prerromano, durante la primera mitad del siglo IV y en asociación con las últimas producciones de cerámicas áticas. Capote (6.a), Serpa (41.a) o Vaiamonte (44.a) parecen responder a tal dinámica.

**Grupo 4.** *Yacimientos de fundación prerromana temprana.*

Este grupo, numéricamente mayoritario, proporciona evidencias e indicios como para defender su ocupación inicial en la segunda mitad del siglo IV a. C., ya sin vestigios de cerámicas de importación (áticas). Alguno de los poblados de este amplio grupo, como Jerez (19.a), llega a ser romanizado y perdura hasta nuestros días, aunque

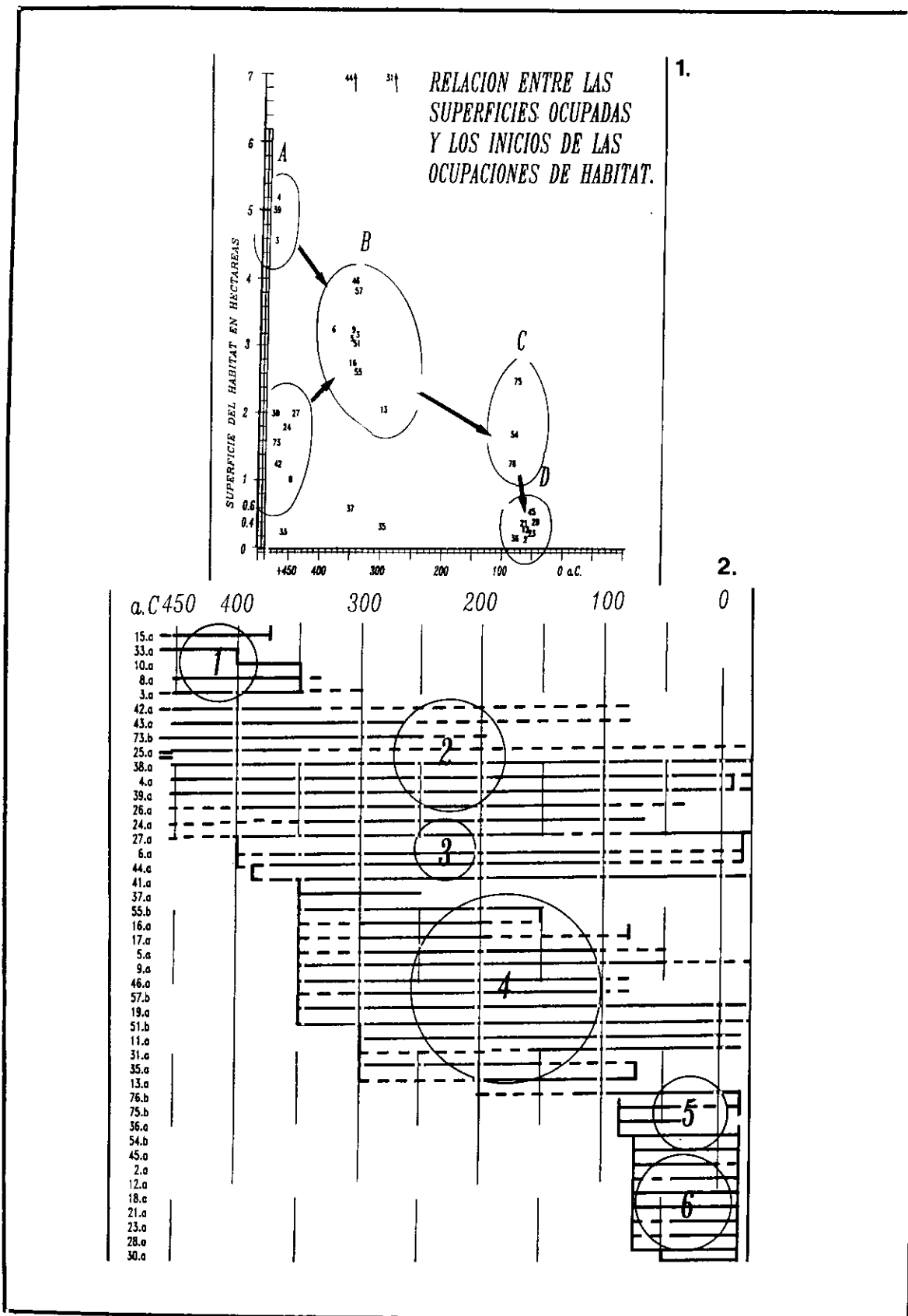


Fig. 67: Desarrollos cronológicos de los poblados.

la pauta habitual es que desaparezcan a finales del siglo II a. C. o, si se romanizan, se abandonen durante los siglos I y II d. C. (como Miróbriga -27.a- o los Castillejos 2 -9.a-).

#### Grupo 5. *Yacimientos de fundación prerromana tardía.*

En menor número, estos poblados, surgen en los momentos iniciales del dominio definitivo de Roma. A comienzos del siglo I a. C., los reconocemos en Pedrão (36.a), San Pedro (75.b) o San Sixto (76.b), dentro de los procesos de control romano, aunque como construcciones heredadas de las locales anteriores y con un carácter que, a juzgar por su cultura material, aún puede considerarse indígena.

#### Grupo 6. *Yacimientos de fundación romano-republicana.*

En este caso, sin embargo, la diferenciación con los anteriores queda patente no sólo por su presencia más tardía, propia de los mediados del siglo I a. C., sino por sus elementos culturales, plenamente romanos.

La diferenciación cronológica en la ocupación o reocupación (es seguro que algunos de los hábitats en altura del Bronce Final vuelven a ocuparse, como puede ocurrir en Castelinho da Serra -42.a- o en el Castelo do Giraldo -63.b-), parece tener una incidencia clara sobre la misma naturaleza del poblamiento dado que, incluso en las superficies de ocupación estimada («Aproximación a las superficies ocupadas», Cap. VI), se observa un comportamiento diferenciado.

Con 35 ejemplos válidos hemos realizado la figura 67.1, definiéndose *cuatro secuencias de agrupaciones temporales*:

A) La más antigua (grupos 1 y 2) está compuesta por los citados poblados de origen orientalizante que pueden, o no, perdurar durante el Período Prerromano. Se agrupan en dos categorías, A.1 y A.2, de poblados con rango pequeño/mediano (entre 0, 5 y 2 ha) y grande/mediano (entre 4,5 y 5,5 ha.), respectivamente.

Esta división, posible reflejo de una cierta «jerarquización» entre los asentamientos, contrasta con la aparente homogeneidad de los que conforman el siguiente grupo temporal.

B) Como propios de la fase temprana de la Segunda Edad del Hierro aparecen gran cantidad de poblados (grupos III y IV), de dimensiones similares, que ocupan una posición intermedia respecto a sus precedentes. Las superficies habitadas oscilan entre 2,5 y 4 hectáreas, siendo, por tanto, de un rango medio (el 50,7% del total fluctúa entre 0,5 y 3 ha.).

C) Un grupo comparativamente menor (V) aparece en tiempos tardíos con dimensiones menores que hemos calificado de medianas-pequeñas (1,5 a 2,5 ha.)

D) Por último, las fundaciones exclusivamente tardo-republicanas presentan superficies pequeñas (0,1/0,8 ha.)

En general, la trayectoria indica que la aparición de nuevos hábitats aumenta considerablemente a partir de mediados del siglo IV a. C., aunque siempre con una tendencia hacia ocupaciones cada vez menores.

Tal trayectoria es prueba, por una parte, de la *falta de una ruptura total con el período anterior*, dado que lo reflejado demuestra una proliferación en los emplazamientos menores quizá como efecto, por una parte, de la misma pauta de implantación progresiva, que aumenta en el aprovechamiento del espacio y de sus recursos. Por otra, de la *adopción de nuevas estrategias que canalizan la colonización de suelo, evidentes a partir del 350 a. C.* con la proliferación de hábitats.

Estos nuevos planteamientos están incluidos en la dinámica transformadora que justifica la individualización de un Período Prerromano, Céltico o de la Segunda Edad del Hierro.

De acuerdo con las secuencias en la ocupación del suelo y su interrelación con los materiales procedentes de éstos y otros yacimientos excavados, y de los prospectados, proponemos la *siguiente evolución cultural*:

*FASE INICIAL* o de transición (450-425 y 425-375 a. C.).

*FASE CENTRAL* o de apogeo (375-350 y 350-175 a. C.).

*FASE TARDIA* o reciente (175-150 y 150-90 a. C.)

*FASE FINAL* (90-50 a. C.).

### 1. La FASE INICIAL, I o de transición

Delimitada entre el 450/425 y el 375 a. C., tiene un claro reflejo en Neves II/Corvo I (33.a/10.a), N.Sr. dos Mártires B (25.a), Badajoz A (4.a), Azougada (3.a), El Castañuelo (8.a), Galeado (15.a), La Martela (24.a) o Segovia (39.a), etc.

*Históricamente* se trata de un período que afronta el agotamiento de la etapa anterior, aparentemente con escasa resonancia en las tierras hispánicas, aunque en él se observa el último y más poderoso impacto de las importaciones griegas (asociaciones a las copas «Cástulo») y el claro ocaso final de los productos orientalizantes.

Precisamente por la idiosincrasia de nuestras poblaciones, y por recordar las tradiciones historiográficas, hemos de recordar que fuera de la Península, los cambios políticos en el Mediterráneo debieron condicionar, parcialmente, el importante movimiento que los pueblos celtas centroeuropeos imprimieron hacia el Sur y el Este (Nash, 1985, 45-64).

Estas migraciones sirvieron, en su momento, a Bosch Gimpera para explicar parte de las últimas invasiones masivas de pueblos celtas en la Península que, en absoluto, se han visto confirmadas por la Arqueología (1932, 1942, 1974, 469ss, 659-797).

En tal teoría, la presencia de los Cempos-Célticos, Eburones y Turones del Sado-Guadiana fue relacionada con oleadas fechadas por dicho Autor entre el 650 y el 600 a. C. (1942, en 1974, 565-569 y 732-735), datación que no concuerda con la inferida de los materiales de «raigambre continental».

No obstante, tal constatación no induce a descartar implicaciones peninsulares, similares a las de los movi-

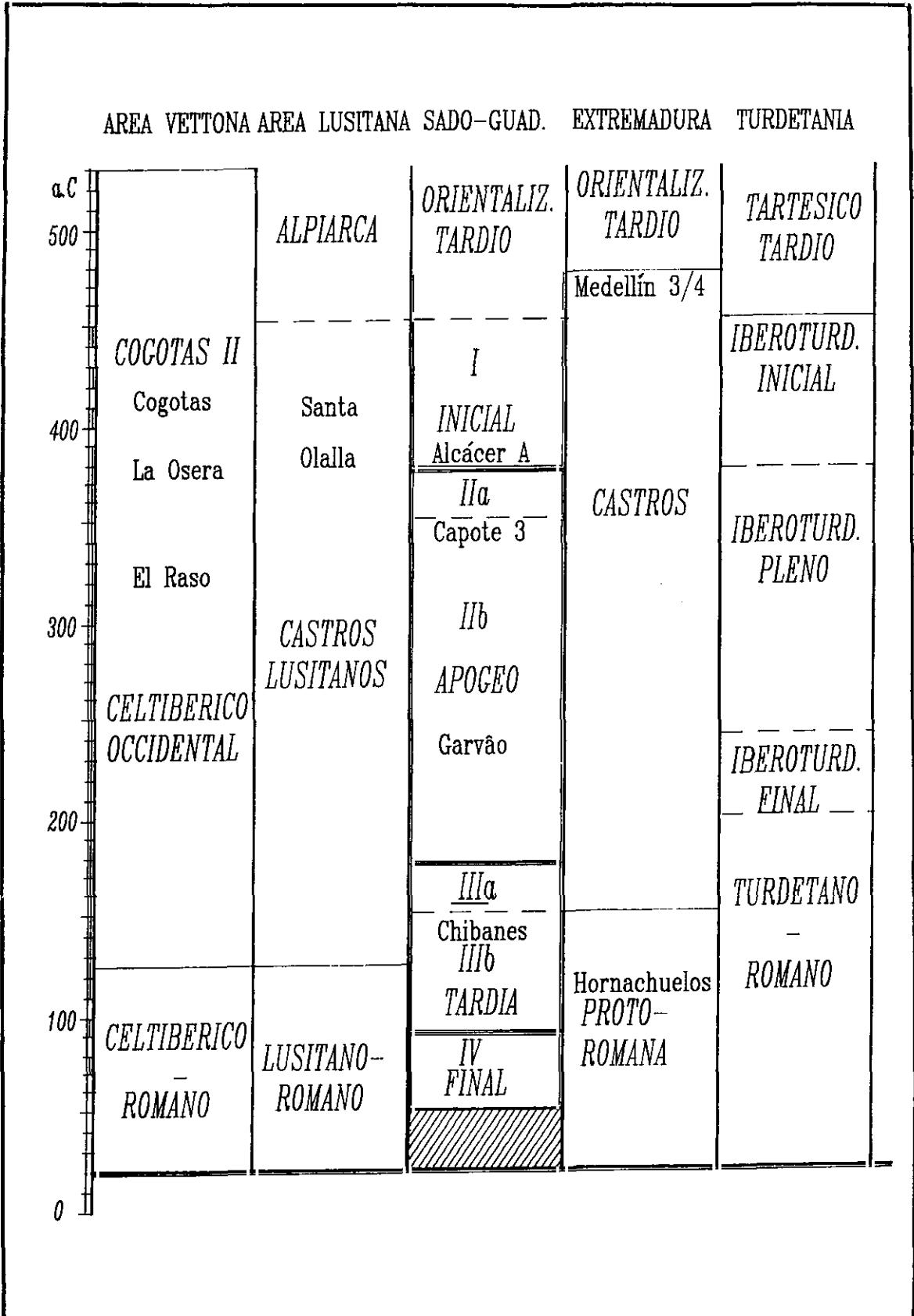


Fig. 68: Fases de Evolución Cultural.



mientos centroeuropeos contemporáneos, en la presencia de estos «célticos» a partir de los inicios del siglo IV, dentro de los nuevos procesos de transformación socio-cultural (Almagro-Gorbea, 1991, 392 y 401), que afectaron especialmente a la Celtiberia. En este sentido se contempla la formación hispano-celta del SO confluyendo una «Celtización acumulativa», desde el Bronce Final Atlántico, con el aporte de poblaciones septentrionales a partir de la fecha indicada.

*Culturalmente* la misma necrópolis de Alcácer muestra una ergología bien diferente, en su fase B, de las denominadas C y D que no obstante no parecen mucho más antiguas (siglo VI e inicios del V, básicamente). Sin embargo, los materiales de la Alcazaba de Badajoz (4.a), como los de Corvo I (10.a), Galeado (15.a) o, probablemente, La Martela (24.a) permiten asegurar que existe un claro mantenimiento de la tradición cerámica y metálica orientalizante, pero no puede negarse que su cultura material está en plena transformación (facies Neves-Corvo de Pereira Maia, 1986). La paulatinamente menor presencia de materiales púnicos y la misma dispersión de las cerámicas áticas de figuras rojas tardías confirman este cambio de rumbo cultural, localmente reflejado en el auge que, ya durante este siglo V, parecen tomar las producciones cerámicas a mano, a juzgar por los materiales de Segovia (39.a) y Badajoz (4.a).

Sin caer en los postulados extremos de un estructuralismo desfasado, no cabe duda sobre el valor de los sistemas y esquemas decorativos como símbolos del trasfondo mental y de la personalidad cultural de los pueblos que los realizan y ello nos remite, directamente, a la rica singularidad decorativa que las cerámicas a mano presentan a partir de estos momentos. En Segovia, según Júdice Gamito, se identifican los primeros estampillados a base de grandes formas cuadrangulares de tipo geométrico, antecedentes de los «polígonos radiados» tan característicos de la fase posterior.

También otras producciones reflejan este mundo de transición. Las placas de oro de La Martela son las piezas más significativas de tal proceso. Aparecen como joyas de tipología y motivos extraños a la tradición orientalizante de la Península, de manera que, como sus paralelas de Serradilla, reflejan una nueva simbología, más cercana a los trasfondos ideológicos célticos que a los semíticos. Las piezas, sin embargo, se realizaron con las más ortodoxas técnicas de la orfebrería oriental, hasta el punto que difícilmente se pueden distinguir de las producciones de los siglos anteriores. Similar es el panorama que ofrecen los más habituales bronceos e hierros, como las fibulas de espuertas anulares, especialmente las de puente de navecilla (Cuadrado 4); los broches de cinturón con escotaduras laterales y tres garfios, que suceden a los «artésicos» de ganchos; y las falcatas de Alcácer que, de confirmarse tal cronología, aparecen a finales del siglo V como uno de los ejemplos peninsulares más antiguos de espadas de un solo filo (la asociación a vasos de figuras rojas permite llevar sus dataciones al menos hasta el 375 a. C.)

Por último, debemos referirnos a uno de los máximos logros del Periodo Orientalizante: la Escritura del Suroeste. Todos los indicios apuntan a su desaparición durante la primera mitad del siglo V, aunque algunas losas udieran fecharse a mediados de la centuria. Son, fun-

damentalmente, los casos de las lápidas de Abóbada (Dias y Coelho, 1971), de Neves (Maia y Correa, 1985) y de Capote (Berrocal, 1987). Sin embargo, sólo algunos grafitos sobre cerámicas parecen perdurar, e incluso avanzar, en pleno siglo IV a. C., según se observa en diferentes yacimientos (Beirão y Gomes, 1983). Con posterioridad carecemos de testimonios sobre el uso de la escritura, que no se vuelve a documentar hasta momentos muy tardíos en los que el alfabeto latino es utilizado esporádicamente para escribir nombres, cantidades, marcas de propiedad y para las monedas, en las que resurta, como fósil revivido, el uso de la Escritura protohistórica de la ceca de Salacia.

En consecuencia no podemos hablar de una ruptura completa pero sí de nuevas directrices que se imponen sin aparente violencia, y marcan el rumbo de lo que van a ser las profundas transformaciones acusadas por la perspectiva histórica.

## 2. Las FASES CENTRALES, IIa/b o de apogeo

La presencia de las últimas producciones áticas de barniz negro, con fechas entre el 375 y el 350 a. C. sirve para diferenciar una subfase IIa en algunos yacimientos en los que, no constatándose ocupación orientalizante, se documenta ya una cultura material que desarrolla mayoritariamente los novedosos postulados de la fase anterior.

Estos poblados, como Capote (6.a), Serpa (41.a) o Vaíamonte (44.a), claramente preceden al aparente auge demográfico de la segunda mitad del siglo IV a. C. y son la base material para documentar nuevas pautas en las que los signos «orientalizantes» quedan reducidos a su mínima expresión (algún ánfora ibero-púnica y las cerámicas grises indígenas, junto con buena parte de la coroplástica).

Pero será sin duda a partir de la mitad del siglo cuando se reconozcan los indicios de lo que consideramos que pudo ser una auténtica «colonización» de suelo. Numerosos poblados en altura, al estilo de los anteriores aunque con tamaños menores, aparecen en relación bien con las corrientes fluviales, bien con las riquezas mineras que antes parecían dominar en monopolio los mayores hábitats orientalizantes (Azougada, Safara, Meças do Castelinho, Alcácer, etc.).

Junto con las cerámicas a mano, fibulas de tipo trasmontano y de esquemas de La Tène I se van imponiendo a las anulares y, entre las armas, parece clara la aceptación de las espadas cortas de antenas tipo Alcácer, junto con otros tipos de dispersión más septentrional (como las Aguilar de Anguita), sin que falten algunos escasos ejemplos de espadas de La Tène en los últimos momentos de la fase.

Sin embargo, lo que mejor caracteriza este mundo prerromano es la singularidad de sus recipientes cerámicos hechos a mano y la difusión de la ornamentación estampillada. Parece, además, bien aclarada la falta total, avanzado el siglo IV a. C., de la cerámica de importación, púnica o griega. Esta afirmación se hace patente en los más completos conjuntos del siglo III a. C.: el depósito de Garvão (15.a), el A de Capote (6.a) o las cerámicas del corte I de Belén (5.a) y de la Pepina (51.b). Todos ellos, por lo demás, presentan una uniformidad verdaderamente notable: gran cantidad de vasijas a mano, de

magnífica variedad técnica y ornamental, aunque con predominio de los vasos troncocónicos, de las copas de perfil en «S» y de las vasijas de cuerpo ovoide, junto con una característica presencia de vasos calados o fenestrados, cuya aparición se remonta al menos al final de la fase anterior, según hemos documentado en la Alcazaba de Badajoz.

En las piezas a torno hemos destacado también el papel unificador que ejercen las decoraciones estampilladas, documentadas prácticamente en todos los yacimientos, con tal profusión y riqueza ornamental que alcanzan las más altas cotas peninsulares (por ejemplo, con motivos antropo y zoomorfos).

Este mundo, que claramente por ámbito geográfico y exponentes mentales y simbólicos, responde a los pueblos denominados «célticos» por las fuentes escritas greco-latinas, se muestra con un contexto cultural homogéneo en las cuencas del Sado e inferior del Guadiana, desde la divisoria del Tajo al límite septentrional de las tierras algarveñas y andaluzas, contrastando con lo reconocido en la primera mitad del siglo V a. C., incluso en los focos más abiertos al contacto con el Mediterráneo, como Alcácer do Sal (donde los estampillados, por ejemplo, son notoriamente escasos).

El final de la fase anterior y el inicio de una nueva dinámica parece retrasarse hasta comienzos del siglo II a. C.

Entre tanto la cerámica y las armas fechadas en el siglo III, como las del castro de Garvão (16.a) o de la necrópolis de Herdade das Casas (17.a), mantienen las pautas anteriores, entre otros signos de identidad (la amortización del Depósito A de Capote, con materiales claramente atribuibles al siglo IV e incluso antes, se realiza, a nuestro entender, entonces).

Este panorama, y la falta de materiales importados capaces de proporcionar fechas más precisas, han repercutido en el cúmulo de dataciones asignadas a los momentos tempranos de la fase (especialmente en los mediados del siglo IV a. C.) provocando esta aparente explosión de poblados cuando, en realidad, todavía no hay condiciones para aseverar si fue tan repentina como aparenta, o se escalonó a lo largo del siglo siguiente.

Lo que sí parece claro es que la fabricación de tales cerámicas y el uso de las armas descritas continúa hasta, al menos, la primera mitad del siglo II a. C. En estos momentos las cerámicas de importación tipo «campaniense» y las monedas (como reflejos materiales de una nueva dinámica) comienzan una presencia masiva permitiendo distinguir muy bien los materiales de la siguiente fase en un contexto arqueológico que sólo se entiende como continuación del anterior.

### 3. Las FASES TARDIAS, IIIa/b

*Históricamente*, la fecha arbitraria del 175 a. C. es un adecuado hito para referirse a la entrada en una nueva fase, en las que es un hecho la escasez de nuevas fundaciones, entre las se mantiene la preferencia por la reducción de sus superficies. Además, la dificultad de los accesos de éstas habla, por sí sola, de la inseguridad del territorio y de las costantes actuaciones bélicas que definen la nueva fase.

Esta fecha, a caballo entre el 185 a. C. (primera ofen-

siva de las legiones romanas sobre el Suroeste: desastre de C. Calpurnio y L. Quinctio, en Liv., *Ab. Ur. Cor.*, 39, 30) y el 152 a. C. de la siguiente campaña (Pol., *Hist.*, 35, 2), en la que se toma Nertóbriga (31.a), representa la aproximación a una cronología media ya que, por una parte, existen constantes culturales que no cambiarán claramente hasta la segunda mitad del siglo pero, por otra, la dinámica histórica y otros componentes permiten ver un claro contexto transformador en el segundo cuarto (primeras monedas, cerámicas itálicas, etc).

En este sentido nos parece importante diferenciar este primer momento de impacto «romanizador», cuya acción hemos definido de naturaleza sincrético-aditiva (Fase IIIa, 175-150 a. C.), de otro posterior y más característico, donde la historia muestra una actitud claramente recusativa (Fase IIIb, 150-90 a. C.).

En ambos son típicos los castrejos en altura, como los de Chibanes (13.a), Bodonal (53.b), Oliva (54.b), Valencia (58.b), San Pedro (75.b) o San Sixto (76.b), pero el mayor caudal de conocimientos es aportado por castros ocupados con anterioridad: Capote (6.a), Castillejos 2 (8.a), La Martela (24.a), Miróbriga (27.a), Salacia (38.a) o Segovia (39.a), etc.

En el primer momento, la aparición de objetos relacionados con el mundo itálico y turdetano es paulatina y esporádica, y se limita a algunos denarios de plata y fragmentos de Campaniense A de cierta calidad. Es probable que se trate de materiales adquiridos por intercambios, botines o recompensas que según su aparición son menos numerosos de lo que la lectura de las fuentes escritas permitiría elucubrar.

Cuando esta presencia se hace masiva, prácticamente arrasadora, es durante la segunda mitad del siglo II a. C., como resultado final de un periodo de actuaciones de rechazo por parte de los indígenas lusitanos y célticos (Guerras de Viriato y campaña de Décimo Bruto). Así queda atestiguado por materiales como las monedas itálicas y turdetanas (Cástulo, Ilipa, Obulco) que impulsan las primeras acuñaciones locales (Myrtilis, Dipó, Salacia) y reflejan la intensa actividad de intercambio con el Mediterráneo; por las ánforas neopúnicas y de los tipos Dressel IC/B, Lamboglia 2 o derivadas greco-itálicas; las imitaciones de las producciones campanienses A y B; el uso esporádico del alfabeto latino para los nombres indígenas (por ejemplo, el *ABLONIOS* de Capote), etc.

Es fácil suponer que la belicosidad y el caos social que registran las fuentes escritas durante todo este siglo debió ser causa y, a su vez, efecto de la evolución del proceso de cambios, demorándolos o incluso, en ciertos casos, involucionando hacia un estado anterior a los de la Fase IIIa. Así, el indudable sentimiento de rechazo ante la innovación social impuesta por la injerencia extranjera provocó entre Célticos y Lusitanos una actitud recusativa que, en cierto modo, interrumpió la dinámica interna de transformaciones culturales y motivó la repulsa de las nuevas directrices.

Junto a otras razones de índole económica o social, los fenómenos denominados de «expansión» celtibérica o lusitana (Blázquez, 1962; Simón, 1962) debieron estar motivados por la rapidez en la imposición del paso de una fase aditiva (IIIa) a otra de naturaleza sincrética,

que requiere transformaciones profundas y adaptaciones violentas a las nuevas reglas culturales. Es frecuente que en estos casos la sucesión se rompa y genere conflictos sociales entre los que habría que incluir el mal conocido «bandolerismo» lusitano, como respuesta a un nuevo orden social quizás injusto a los ojos de la tradición indígena (García y Bellido, 1977, 13-160; López Melero, 1988, 247-261).

Sin embargo, la repercusión cultural final, como suele ocurrir tras un conflicto bélico, será una fuerte potenciación de los cambios culturales integradores. En parte la misma arqueología, con la aparición masiva de los productos itálicos, se encarga de demostrarlo pero, además, las cerámicas indígenas terminarán por reflejar fehacientemente tal trayectoria.

Así, durante esta subfase IIIb prácticamente desaparecen las producciones cerámicas a mano y entre las «a torno», las formas y cocciones son generalmente regulares y reiteradas, tanto en las vasijas oxidantes como en las, más características, reductoras de pastas negras.

Las mismas técnicas decorativas y sus motivos reflejan el sincretismo cultural del momento: son mayoritarias las cerámicas negras con pequeñas estampillas (que ahora pasan a adquirir formas estilizadas de pequeñas palmetas, rosetas o reticulados), solución ornamental que remite directamente a la tradición indígena de las fases anteriores, pero también a la moda de las cerámicas negras estampilladas «campanienses» y afines del Mediterráneo Occidental. Se trata de una trayectoria que se confirma con la fuerza que van tomando los motivos en guirnalda, realizados a ruedecilla (sistema prácticamente desconocido con anterioridad, aunque se documenta en áreas tan cercanas como la misma Cogotas).

En las producciones metálicas destacamos el predominio y conservadurismo de las fibulas peninsulares de La Tène I (Cabré y Morán IIIa), siguiendo las pautas anteriores y conviviendo con modelos más evolucionados, en los esquemas de La Tène II (Cabré y Morán V, VI y VII) y con la desaparición progresiva de los ejemplares anulares.

Estos materiales muestran tendencias que, de nuevo, remiten a las poblaciones del Nordeste peninsular, especialmente de los ámbitos celtibéricos tardíos, como se observa en la aparición de *cyathi* de bronce localizados en Capote (6.a), Lousa (21.a) Mesas do Castelhinho (26.a), C. V. do Cobres, Bombarral y Cáceres el Viejo, idénticos a otros procedentes de Azaila, La Custodia o San Miguel de Sorba (Martín Valls, 1990, 155, y fig. 4). En el mismo contexto consideramos los ases celtibéricos de lancero o las escasas armas fechadas en estos momentos: los puñales doblglobulares de Capote; las puntas de lanza de sección plana (Quesada, variante IX, tipos 5c y 13) o los cascos de tipo Montefortino, cuya presencia, como las anteriores, estaría más relacionada con los *auxilia* de las legiones que con el propio substrato indígena.

#### 4. La FASE FINAL, IV o Protorromana

El proceso de conquista de las tierras al sur del Tajo inferior parece definitivamente concluido con las actua-

ciones del cambio de siglo, la última de las cuales es la campaña victoriosa de Licinio Craso contra los lusitanos, ocurrida por el año 93 a. C.

Desde este momento (y sin duda antes) se inicia un corto período de asimilación en el que las pautas del cambio cultural van sustituyendo el carácter sincrético para admitir la imposición exclusiva de las nuevas directrices sociales y políticas. Tal situación parece haber sido especialmente notoria tras las Guerras Sertorianas, cuando se sitúan, primero en el 61 a. C., las actuaciones de César en la Ulterior; después hasta la victoria de Munda, en el 45 a. C., las debidas a la Guerra Civil pompeyana. Así, entre ambos sucesos, las fechas terminales propuestas serían del 90 para arranque de la fase y del 50 a. C. para su final.

De este carácter sincrético inicial la Historia no parece tener dudas, pues generalmente se acepta que el apoyo hallado por el bando sertoriano en los lusitanos para recuperar el gobierno de Roma fue posible gracias a la existencia del rechazo indígena heredado de las guerras perdidas. Así, los éxitos de Sertorio se debieron, en gran parte, a la comunión de sus intereses con los lusitanos en contra del entonces gobierno imperante en Roma, y sus actuaciones debieron transformar profundamente a las poblaciones del Occidente peninsular, como ocurrió entre los celtíberos (Schulten, 1949).

Por ello, inicialmente, el carácter del cambio fué básicamente sincrético, logrando soluciones culturales mediante la interrelación de romanas y indígenas. Las mismas fuentes escritas narran algunos de sus resultados, como la adopción de las armas y técnicas de ataque lusitanas entre las tropas romanas (César, *De Bello Civili*, I, 44), pero la cultura material se aproxima más a la verdadera medida del cambio.

Las escasas fundaciones que arqueológicamente situamos en estos momentos son pequeños emplazamientos fortificados entre cuyas funciones destacaría el control directo del territorio. Y para ello se usan tres soluciones: pequeños castrejos indígenas, como los citados en la fase anterior; fortines o villas fortificadas romanas, aún inéditas, como las de Monte Novo (frente al castro de Cuneres -60.b-), Rei de Cima, Mau Vicinho y Sempre Noiva, en el concelho de Évora y los conocidos *castella* romano-republicanos.

Respecto a los fortines cabe destacar un fenómeno de implantación que comienza a reconocerse en algunos de los citados. En el caso de Monte Novo, la fundación romana se sitúa justo enfrente del castro indígena, separados ambos por el río Degebe y por un par de centenares de metros. Si hubo convivencia entre ambos asentamientos sólo las excavaciones respectivas podrían confirmarlo.

Otro caso similar proporciona mayor información para una respuesta afirmativa. Como los anteriores, el castro de Vaiamonte tuvo, en un cerrete inmediato, la villa fortificada romana del Cabeço do Mau Vizinho que, como recuerda Júdeice Gamito, significa todavía «cerro del mal vecino» (1988).

Pero donde la implantación romana se hace más evidente, y es específica de esta fase (pues los anteriores pueden proceder de finales del siglo II a. C.), es en los *castella*, construcciones totalmente foráneas que supo-

nen una auténtica innovación dentro del panorama edilicio de la región. Comenzados a ocuparse en la primera mitad del siglo I a. C., según los restos más antiguos (en castelo das Juntas -18.a-, Manuel Galo -23a- o Louisa -21.a-), se mantienen en uso hasta las primeras décadas del siguiente. Son fortines de torre central con planta cuadrada y compartimentada, rodeada de dos o tres recintos concéntricos, dispuestos sobre plataformas y siguiendo una planimetría normalizada y bien experimentada en Oriente (véanse las opiniones de Whal, 1985, sobre el castelo da Louisa -21.a-).

Algunos se agrupan sobre zonas muy concretas, estando conectados visualmente entre sí y separados por escasos centenares de metros, caso de los *castella* de Castro Verde y de Almodôvar, éstos últimos sobre el Oeiras. Esta especial disposición pudo responder a la explotación de recursos específicos a nivel «familiar», como serían los pequeños placeres de oro cuyas localizaciones se van confirmando recientemente. Otros, sin embargo, aparecen aislados y con mayor aparato defensivo, como el castelo da Louisa, relacionado con el control de vías principales (Knapp, 1985, 159-163).

Tal panorama tiene su repercusión en las cerámicas de esta fase. Técnicamente mantienen sus pautas reductoras de tonos negros y grises, acabados pulidos o bruñidos y pastas bien depuradas. Lo que diferencia sus producciones de las anteriores es el dominio de las decoraciones a ruedecilla, formando bandas, triángulos y especialmente, guirnalda, junto con motivos similares en bandas bruñidas, paralelas puntilladas y nuevas soluciones como la aplicación de elementos plásticos de tipo pedúnculos, mameloncillos y espinas, todos ellos bajo la influencia de las cerámicas de Paredes Finas republicanas.

Estos materiales se localizan en las necrópolis de Elvas, entre ellas en la misma de Chaminé, como en Castelo da Louisa (21.a), Miróbriga (27.a), Nertóbriga (31.a), Castejón (53.b), Castillejos (54.b), San Pedro (75.b) o San Sixto (76.b).

Añadimos a ellos, a partir de mediados del siglo, la proliferación máxima de las imitaciones «campanienses» y pre-aretinas que ya fueron puestas de relieve por Del Amo (1970) y recientemente por Bonet y Mata, como producciones indeterminadas (1988, 21, y fig. 11.3-4).

Quizá tras la actuación de César, el carácter del cambio se torna impositivo, dado que el general no se limitó a subyugar a los pueblos levantiscos, como indica Plutarco (*César*, 12).

César se enriqueció y enriqueció el patrimonio romano mediante contundentes acciones jurídicas y militares en el territorio del Suroeste. Fortaleció una política de enclaves militares iniciada por Metelo, potenciando ciertos *oppida* a la categoría de *municipia*, reforzando las líneas de defensa mediante la construcción de *castella* y villas fortificadas e introduciendo definitivamente a ciertas poblaciones indígenas en los sistemas de ocupación territorial romanos (Sayas, 1989, 46-52; Francisco Martín, 1988, 57-80; Marín Díaz, 1988, 198-201/212-222).

De sus actuaciones en tierras de los «Célticos» quedan, en los textos clásicos y en los epigráficos, numerosos *cognomina* que identifican los principales núcleos de

población romanizados: *Seria Fama Iulia* (Jerez -19.a-), *Nertóbriga Concordia Iulia* (31.a), *Segida Restituta Iulia* (Guruviejo? -64.b-), *Ugultunia Contributa Iulia* (133.d), *Ebora Liberalitas Iulia* (118.d), *Pax Iulia* (49.b), etc. Sus nuevos nombres, Fama, Concordia, Restituta, Contributa, Liberalitas o Pax hablan por sí solos del carácter de las actividades que la propaganda oficial se encargó de destacar.

Todos estos datos nos muestran un panorama poblacional fuertemente alterado en esta primera mitad del siglo I a. C., tanto en los referente a grandes núcleos como a los más pequeños. El abandono de algunos hábitats indígenas, como se constata en Capote (6.a) o Chibanes (13.a); la potenciación de otros y la implantación de posiciones de control militar y económico certifican la desaparición de los patrones del asentamiento autóctono y por tanto la entrada en un período progresivo y parcialmente deculturativo, que supondrá la sustitución significativa de una cultura «céltico-lusitana» por otra «romana» (todo ello entendido con las reservas que siempre exigen las perduraciones que conllevan la misma naturaleza de los eventos culturales).

Los nuevos patrones de asentamientos muestran el relanzamiento de algunos *oppida*, no como núcleos exclusivamente urbanos sino como centros administrativos, económicos y religiosos.

Esta es la función que Biers concede a la pequeña población romana de Miróbriga (35.a) que, pese a su perímetro, poseía varios templos, importantes termas y un circo (1988, 39). Se trataba, por tanto, de un pequeño pero rico foco romanizador que pretendía emular a su capital, Augusta Emerita, como *speculum populi romani* (Biers, 1988, 139).

Una función similar suponemos para Nertóbriga (31.a). Aunque ocupando una superficie mayor, los sondeos que, dirigidos por De la Barrera Antón, realizamos en 1987, localizaron importantes construcciones de uso público cuya explicación se encuentra en el estudio del poblamiento de su entorno y en las nuevas pautas de asentamiento que éstos sugieren.

Así, sobre sus 680 metros de altura destacada, la antigua citania domina un amplio territorio, rico en minerales férricos y apto, por sus suaves pendientes que contrastan con la orografía montañosa circundante, para una agricultura cerealística. En sus límites, formando un círculo de unos seis kilómetros de radio desde su centro, ocupado por la misma Nertóbriga, se van localizando los asentamientos fortificados de los betúricos. Son los casos de Capote (6.a), Bodonal (53.b), del Castro de Fuentes (91.c) La Esperanza (119.d) y, quizá, de la plaza fuerte santiaguista de Segura de León.

Algunas de estas poblaciones fueron abandonadas en el transcurso del siglo y numerosas villas romanas ocuparon las planicies intermedias, dedicadas a las explotaciones agrícolas, ganaderas y mineras (villas del Torreón, del Barrero, de Valera Julia, de Valera la Vieja, San Bartolomé, el Castro 2, El Ladrillar o del Castaño).

En resumen, observamos cómo se desarrolla una estrategia paralela, conocida entre las utilizadas por Roma para transformar en cierta medida los patrones de ocupación del suelo y las relaciones sociales de los indígenas. Se potencian núcleos indígenas mientras se estable-

en otros de nueva fundación, aunque el abandono de poblados prerromanos no sea generalizado hasta entrada el siglo I d. C.

Por ello numerosos rasgos culturales indígenas no desaparecieron. Perduraron o terminaron transformándose, derivados de las tendencias de rechazo frente a las asimiladoras (Blázquez, 1989, 573-609). Las poblaciones muestran claras señales que confirman una lenta asimilación cultural, en el Alto Imperio, de la infraestructura social (Berrocal, 1989/1990, 117).

Como suele ser frecuente en las creencias religiosas y sus rituales, los rasgos indígenas debieron mantenerse por largo tiempo, bien transformados o beneficiados, como el templo «helenístico» de Miróbriga (35.a), bien conservando su ineludible impronta prerromana, como el conocido templo a Endovéllico de São Miguel de Mota (111.c).

Incluso sobre los poblados prerromanos abandonados como el de Capote parece que se mantuvieron en uso algunas estructuras relacionadas con el culto. De esta forma se explica la localización de la foseta llena de representaciones de dioses en terracota, lucernas y vasijas de lujo que conforman el Depósito B, emplazado sobre la vieja entrada principal, en la primera mitad del siglo I de nuestra Era (Berrocal, 1991-a).

La perduración religiosa en el Alto Imperio ésta atestigüada por la homogeneidad que presentan los cultos a Ategina y a Endovéllico que, a su vez, serán objeto de un sincretismo cristiano en las figuras de Santa Lucía (de Garvão, del Trampal) y San Miguel (da Mota), conservando hasta el presente la naturaleza curativa y ctónica de estas divinidades.

## APROXIMACIONES A LA IDENTIDAD CULTURAL

Vista la evolución histórica, se constata cómo la existencia de fuentes escritas permite profundizar mejor en los conocimientos sobre los siglos de la Conquista (II y I a. C.), especialmente en comparación con los referidos a momentos anteriores, en los que debería ser más patente la personalidad cultural de los indígenas.

Por ello, y porque las fuentes no dan una explicación válida a la adecuación del término «célticos» con el que denominaban los greco-romanos a los pobladores del Sado-Guadiana inferior, se constata la necesidad de dar respuestas que, conjuntadas con el testimonio arqueológico, sirvan para aproximarnos todo lo posible a los rasgos culturales y a la confirmación de un sentimiento étnico que justifique tal denominación. Creemos que gran parte del resultado final de este trabajo ha sido el reconocimiento, más o menos completo, de una personalidad cultural específica entre los pueblos prerromanos alentejano-extremeños.

De espinoso, puede calificarse todo planteamiento actual que intente profundizar en las raíces y en los rasgos culturales de los tradicionalmente considerados pueblos celtas hispanos.

Afortunadamente, la labor de los, hasta momentos muy recientes, escasos «celtistas» peninsulares comienza a fructificar y la viabilidad de un estudio sobre un pue-

blo denominado «céltico» ha pasado de una cierta repulsa inicial al más esperanzado de los intereses.

Todos los autores clásicos, desde los más antiguos, como Herodoto, Eforo y el escritor del supuesto Periplo Massaliota, recogido por Avieno, han situado la presencia de pueblos célticos al tratar de las tierras alentejanas y extremeñas (*keltói, cempsí, keltikói, celtici*).

Este emplazamiento respondía, sin duda, a una creencia generalizada entre los contemporáneos greco-latinos puesto que durante los siglos próximos al cambio de Era vuelven a citarse y a concretarse (en los casos de Estrabón y Plinio) pueblos, orígenes, costumbres y creencias. Son por ello conocidos los pasajes estrabonianos en los que se emplazan en ambas orillas del Guadiana (*Geog.*, III, 1, 6), en vecindad cercana con los turdetanos del Guadalquivir (*Geog.*, III, 2, 15) y la curiosa expedición en la que, junto con los túrdulos, ocuparon algunas comarcas del Bajo Miño (*Geog.*, III, 3, 5). En estos tres episodios, y en otros menores (como por ejemplo al citar entre sus ciudades Conistorgis), Estrabón los denomina «célticos» y los sitúa en el Suroeste, desde ambas orillas del Guadiana hasta el Atlántico.

No menos explícito, y sin duda más riguroso por su propia experiencia vital, fue Cayo Plinio Secundo, quien recoge la más completa y veraz información en un conocido texto donde se citan las ciudades, origen, costumbres y creencias celtibéricas de parte de estos pueblos que, «desde la Lusitania», habrían ocupando parte de la Beturia (*NH*, III, 13-14), territorio ya por entonces parcialmente incorporado en los límites artificiales de la provincia romana de la Bética. Con excepción de esta última afirmación, que claramente refleja una concepción provincial impuesta y consolidada en el siglo I d. C., no podemos negar que tal párrafo respondía a la realidad aprehendida entre los pueblos indígenas del cambio de Era (es obvio que la Beturia no está incluida naturalmente en la Bética, definida como cuenca del Baetis y hábitat de Turdetanos, ni el Alentejo en la Lusitania original prerromana). Otras citas posteriores del Autor confirman que los «Celtici» se extendían a una y otra orilla del Guadiana y a parte del Sado (*NH*, IV, 113-14 y 115-16).

Otros autores, cronistas de los avatares de la conquista, habían hecho mención a tales poblaciones aunque de forma más difusa (Livio, *Ab Ur. Con.*, 34, 17), quizá confundidos por la personalidad lusitana (Apiano, *Iber.*, 56-57; Polibio, *Hist.*, 35, 2)

En este sentido nos parece irrefutable el papel de los pueblos betúricos en apoyo de Viriato, según se recoge en la obra de Apiano (*Iber.*, 58-60, 68-70).

Posteriormente en pleno siglo II d. C., ya en momentos de profunda y desconocida modificación del substrato indígena, la Geografía de Ptolomeo vuelve a citar los célticos entre los pueblos del Suroeste aunque, como suele ocurrir en esta obra, situados incoherentemente en poblaciones que, cuando se conocen, aparecen dispersas por zonas diferentes (de las cinco citadas en la misma *Baeturia Celticorum* sólo Arucci corresponde a la informaciones anteriores sobre la Beturia). Por ello creemos poco útil su uso, dado que la obra, por lo demás, aparece repleta de errores referidos a otras zonas de la Península.

Todo ello nos permite asegurar que los pueblos prerromanos del Sado y del Guadiana inferior eran considerados como célticos SEGUN LA CONCEPCION ETNICA DE LOS GRECO-ROMANOS DEL CAMBIO DE ERA. En este sentido, y sólo a efectos metodológicos, nos permitimos el uso del gentilicio «céltico» para denominar a tales poblaciones del Sado-Guadiana por las mismas razones aplicadas al uso de términos como «Galaicos o Calaicos», «Vettones», «Lusitanos», e incluso, «Celtibéricos» e «Iberos».

Sin embargo, sin reparar en *consideraciones etnocéntricas*, estas citas se usaron, como las de otros pueblos peninsulares, para justificar una presencia masiva centroeuropea que la Arqueología no ha podido confirmar.

Desde las primeras interpretaciones invasionistas desarrolladas por Bosch Gimpera a sus postreras modificaciones, este autor había destacado tales poblaciones en el Suroeste, creyéndolas residuos terminales de la llegada de oleadas celtas que fechaba hacia el 650 a. C. (1932, 1945 y 1974). Además mantenía posteriores arribadas de pueblos belgas entre los que estarían los Eburones y Turones, situados por este investigador, en los alrededores de Ébora y Aroche (1974, 565-569).

Posteriormente Almagro Basch planteó una alternativa invasión paulatina, parte de cuyos primeros exponentes serían los cempsos, cuyas imágenes se reflejarían en las estelas de guerreros y cuyo origen, como había apuntado Schulten, estaría relacionado con otros pueblos campianos citados por Estrabón entre los germanos (Schulten, 1955, 104; Almagro Basch, 1958 y 1966, 201; Maluquer de Motes, 1963).

El rechazo generalizado de estos y otros planteamientos similares, a causa de no encontrar registros arqueológicos idénticos a los centroeuropeos que justificasen las invasiones, ha llevado a descartar de plano toda presencia celta en la Península (véase un buen desarrollo crítico en Ruiz Zapatero, 1985, 25-46), sin reparar en que tal decisión cae en los mismos defectos interpretativos que la tradicional concepción de las invasiones como agentes difusores.

Por una parte, la investigación más reciente no sólo ha destacado el papel celtista en los campos de la lingüística o de las creencias, sino que en el arqueológico la profusión de estudios, especialmente en el área celtibérica, va permitiendo conocer la verdadera dimensión material de estos pueblos (remitimos a los Coloquios de Lenguas y Culturas Paleohispánicas, 1974, 1976, 1980, 1989 y esp. 1985; a los Simposios sobre Celtíberos, 1987, 1989 y 1991, así como a las obras generales de Tovar, Albertos, De Hoz, Burillo Mazota, Marco Simón, López Monteagudo, Fernández Gómez, E. Cabré, Llorrio, etc.), que no deja de ser menos «céltica» que las clásicas culturas de Hallstatt y La Tène, sin necesidad de acudir a invasiones masivas, sino surgida de procesos difusores más habituales (Almagro-Gorbea, 1991-a y b).

Estos procesos pueden tener un fuerte reflejo en la cultura material como, por el contrario, ciertas invasiones han dejado un registro arqueológico muy diferente en los países donde terminaron asentándose. En este sentido es interesante el trabajo de Martens sobre los Vándalos, en el que demuestra la escasa relación entre la cultura material de este histórico pueblo a los largo de

sus correrías, y la reconocida en las originarias Jutlandia o Polonia (1989, 57-64).

*Porque la consideración recusativa se fundamenta en la falta de registros arqueológicos homologables a los centroeuropeos hallstáticos y laténicos, tanto en la Península como en los supuestos puentes pirenaicos, sin reparar que este juicio se basa en la no menos tradicional y errónea consideración de «CULTURA ARQUEOLOGICA».*

A menudo la investigación refleja este lastre que ha sido denunciado insistentemente desde los más recientes planteamientos antropológicos (Shennan, 1989, 3-6).

Así la definición de Childe indicaba que:

«A culture must be distinguished by a plurality of well-defined diagnostic types that are repeatedly and exclusively associated with one another and, when plotted on a map, exhibit a recognizable distribution pattern...»

(Childe, 1956, 123.)

En sí, como indica Shennan, esto no es más que una forma de clasificar la variación espacial del registro arqueológico, que sin duda puede responder a connotaciones culturales, pero que en modo alguno debe confundirse con el reflejo integral de la identidad cultural. Este autor, siguiendo a otros anteriores (Mann, 1986) y resumiendo la opinión generada en el *World Archaeological Congress* celebrado en Southampton en 1986, opina que las «culturas arqueológicas», tradicionalmente consideradas como «actores» históricos, son únicamente un compendio de patrones de dispersión espacial, válidos para motivos analíticos pero erróneos como bases principales de la aproximación prehistórica (1989, 11).

En este sentido cabe cuestionarse hoy en día hasta qué punto la «cultura» arqueológica hallstática o laténica representa todo el trasfondo étnico del mundo celta en la Protohistoria, tal como ya lo hizo J. Collis (1986). Resulta lógico plantearse que si achacamos etnocentrismo, es decir subjetividad condicionada por la concepción cultural del escritor clásico, al epíteto «celta» que los grecolatinos daban a las poblaciones meseteñas peninsulares, no es menor el grado de subjetividad, y aún mayor nivel de deformación, que se alcanza manteniendo la vieja equidad:

«cultura celta = registro Hallstatt/La Tène»

En sí el problema parece en vías de solución y así se refleja en la reciente exposición *I Celti, prima Europa* (Venecia, 1991) que recoge la confirmación general de las sugestivas propuestas lanzadas por Hawkes (1973), Renfrew (1990), Ruiz Zapatero (1991) o Almagro-Gorbea (1991), sobre la existencia de una vieja «Celtización acumulativa» entre las poblaciones más occidentales de Europa (Península Ibérica, Britannia). Porque en contra de los denostados planteamientos positivistas, la incógnita que más interesa a la comunidad científica actual se centra en la autoconcienciación de una cierta imposibilidad humana por eludir el grado de subjetividad en la apreciación, no sólo cuando se analizan los restos ar-

queológicos, sino cuando se intenta extrapolar el significado cultural de éstos.

Como hemos indicado, en nuestra opinión, gran parte del error se documenta en la asimilación del concepto de «cultura» arqueológica como reflejo de una entidad o grupo étnico (tribus, pueblos, etc.). Tal apreciación no sólo ha sido afortunadamente puesta en entredicho sino que, según Fried, el mismo concepto de grupo étnico (tribu, *populi*) aplicado a pueblos equiparables a los prerromanos de Europa Occidental podría ser una mera creación etnocéntrica, surgida de los procesos asimiladores relacionados con las expansiones de las civilizaciones superiores, las cuales necesitan entidades con las que tratar (1968, 16; Bentley, 1987, 27; Osborn, 1989, 154).

Este fenómeno tiene una probable correspondencia en la estructura social en la que parecen agrupadas las poblaciones «célticas» del Sado-Guadiana según nos transmiten las fuentes grecolatinas. Estas, y lo que confirma la Arqueología, presentan poblaciones, agrupadas en *populi*, que giran en torno a los *oppida*, poblados fortificados que debían ser algo más que meras aldeas o castrejones. Los nombres de estos *oppida* sirven, en los casos conocidos, para denominar a los *populi* a los que representan (Mirobriguenses, Medubriguenses).

Pero si tal concepción puede ser una creación o una transcripción romana, siempre aparece supeditada al gentilicio «Célticos». Así se denomina la *Beturia Celticorum* (Plinio, *NH.*, III, 13-14) o un *C. Porcius Severus Mirobrigen(sis) Celt(icius)* (Santiago do Caçém).

Lo que parece fuera de duda es la apreciación de Shennan sobre el concepto étnico:

«Ethnicity must be distinguished from mere spatial variation and should refer to *self-conscious identification* with a particular social group at least partly based on a specific locality or origin.»

(Shennan, 1989, 14.)

Por ello seguimos la alternativa dada por este autor a la vieja idea de «cultura» arqueológica, basada en la aprehensión posible de la IDENTIDAD CULTURAL según tres conceptos:

1. La importancia en el análisis de la VARIABILIDAD ESPACIAL y TEMPORAL del REGISTRO ARQUEOLÓGICO como PARTE de la respuesta del fenómeno cultural. Se valora así gran parte de la actitud metodológica tradicional, como también referido a...
2. El análisis de la NATURALEZA del ESTILO y...
3. Las bases teóricas sugeridas para la definición de la VARIACION ESPACIAL DOMINANTE.

De estos tres factores hemos decidido desarrollar los dos primeros, por la incidencia especial que ambos tienen sobre la naturaleza cultural de las poblaciones en estudio.

1. *La variabilidad espacial y temporal del registro arqueológico* (e histórico) ya ha sido analizada en profundidad en los capítulos II, IV, V, VI, VII y VIII. En sí se

configura como una compleja conjunción de los factores sociales, económicos, productivos e ideológicos que puede ayudar en el proceso de aprehensión de la identidad cultural.

Es por ello que, tras el análisis de los asentamientos y de la cultura material recogida en las necrópolis, puede afirmarse que no parecen haber existido grandes diferencias que reflejen una compleja jerarquización, ni en el panorama poblacional ni en la misma sociedad indígena.

Respecto al primer factor, sólo algunos *POBLADOS* muestran rasgos que permitan considerarlos como núcleos dominantes, pero ninguno de éstos supera una extensión o presenta una organización que pudiera denominarse plenamente urbana. En este sentido, la organización del hábitat se asemeja más a la de las montañosas regiones interiores del Noroeste y Nordeste (Agrafoxo, 1988; Fernández-Posse y Sánchez-Palencia, 1988; Burillo, 1980) que al que se plantea en las aldeñas del Guadalquivir o de la Meseta Occidental vettona (Almagro-Gorbea, 1987, 21-34; Ruiz, 1987, 9-19; Bachiller, 1986, 349-355).

Incluso al compararse con la otra Beturia (de los túrdulos), los hábitats conocidos —Hornachuelos, Medellín, Sisapo, los recintos-torres— se alejan claramente de los patrones más occidentales, confirmando las indicaciones de Plinio sobre las distintas raigambres de los béticos célticos y túrdulos.

Similar conclusión parece extraerse del registro arqueológico referido a las *NECROPOLIS*, donde no se conocen tumbas de especial riqueza u ostentación y en ese sentido los escasos «camposantos» han demostrado la fuerte incidencia de ajuares de guerrero. Pero incluso en los casos más exóticos, con varios vasos áticos en las tumbas de Alcácer do Sal, estos conjuntos no pueden equipararse en lujo o boato con las tumbas principescas del Mediterráneo o de la Europa Central. Es por ello que, en este sentido, el registro arqueológico es muy similar al de otras zonas meseteño-occidentales, con las que, sin embargo, existe una gran diferencia en los esquemas de población (por ejemplo, con los vettones).

Respecto a otros factores, como la *EXPLOTACION DEL ENTORNO Y LA ORGANIZACION DE LA PRODUCCION*, se han observado esquemas de concentración con relaciones más de coordinación que de subordinación entre una comarca nuclear, la costera del estuario del Sado (Cetóbriga/Salacia) y su hinterland interior, que ocupa las tierras divisorias entre la cuenca del Sado y las del Tajo, Guadiana y Mira. Más evidentes nos parecen las definidas en la Beturia céltica, en torno a la cuenca del Ardila y a un área nuclear coordinadora y centralizada en el *oppidum* de Nertobriga. Frente a estos esquemas surgen otros más centralizadores y con probables relaciones de subordinación, como el emplazado en el Guadiana en torno al castro de Azougada. En ninguno de ellos hay indicios como para pensar que se habían formado núcleos pre o protoestatales, ni siquiera a nivel de lo que pudo alcanzarse en la Celtiberia y bien diferente al de la Turdetania (donde el grado de complejidad exigió la existencia de escritura y de un sistema monetar). Es probable que estos yacimientos nucleares,

como otros sobre emplazamientos singulares (Myrtilis, Badajoz, Vaiamonte), jugaran más un papel de centros distribuidores de riqueza que dominadores de su explotación, a juzgar por la relativa poca prestancia que logran estos poblados).

Si describimos un panorama que aparenta una cierta regularidad en lo referente a las relaciones sociales y productivas, lo escasamente alcanzable de las *IDEOLOGICAS* no parece romper esta trayectoria.

Las fuentes clásicas y la misma epigrafía presentan una relación de dos grandes divinidades con un área de culto extensa que se extiende por ambas cuencas y llega a penetrar en territorio vetón y, en contraposición, pequeñas deidades locales, representantes de los cultos a la Naturaleza.

Destacada, por tanto, la unidad que, bajo las advocaciones de Endovélico y Ategina, se acusa en gran parte de las tierras estudiadas, ésta tuvo su reflejo en la comunidad de rituales, a juzgar por el carácter de los exvotos documentados en Garvão, en forma de pequeños y sencillos objetos de oro y plata (placas, anillos, colgantes) pero, sobre todo de ofrendas perecederas, según se desprende de las numerosísimas escudillas de forma y dimensiones idénticas que probablemente tuvieron tal utilidad (Beirão y otros, 1985).

También en el Altar de Capote, y en su depósito, hemos reconocido esta participación colectiva de gran parte de la comunidad. Si se acepta nuestra interpretación, en este lugar se realizaba un ritual en el que, con la coordinación de una docena de personajes destacados (probablemente en razón de la edad o de sus actividades «profesionales»), participaban una gran masa de individuos, calculada en algunos centenares. Este número podría corresponder a los habitantes adultos del poblado, o a los que disfrutaban de una específica categoría social entre las poblaciones de los hábitats cercanos. Sea como fuere, la participación comunitaria refuerza la reflexión realizada con respecto a las estructuras socio-económicas y culturales.

Estos ámbitos básicos EN LA CONCEPCION MATERIAL E IDEOLOGICA de todo pueblo NOS PRESENTAN, EN CONCLUSION, POBLACIONES CON UN ESCASO DESARROLLO SOCIO-POLITICO PRESIDIDO POR UN CIERTO CONCEPTO DE «IGUALITARISMO» SOCIAL sin que ello signifique la falta de JEFATURAS, que no obstante parecen apoyar su poder no tanto en la capacidad económica (no hay ajuares especialmente ricos, ni estructuras políticas que justifiquen la presencia de una nobleza o realeza, como ocurre entre los iberos y turdetanos), sino en los PRIVILEGIOS DE EDAD o en la NECESIDAD MILITAR de la defensa.

En este sentido recordamos que las únicas noticias que legan las fuentes clásicas confirman, por una parte esta naturaleza social de los pueblos occidentales y septentrionales de la Península y, por otra, refieren la presencia de jefes «célticos» militares. Nos parece significativo que las piezas de ajuar más destacadas, en las pocas pero conocidas necrópolis del Sado-Guadiana inferior, sean, precisamente, las armas ofensivas (las defensivas son, si es posible indicarlo así, más proclives a su uso como objetos de boato y prestigio, y quizás ello explique

que sólo el probable casco de Horta de Fame sea la única «arma» de carácter suntuoso.

2. *El análisis de la naturaleza del Estilo* es uno de los enfoques metodológicos más desarrollado en los intentos de aproximaciones a las identidades culturales.

En este sentido, los enfoques estructuralistas han llevado hasta extremos discutibles el estudio del significado simbólico del estilo, sin que por ello se pueda negar el concepto básico en que se fundamentan: las variaciones estilísticas sirven para transmitir mensajes que recuerdan constantemente los signos de identidad cultural.

Así, la constatación de un estilo propio, típico de una cultura, es considerada, junto con las costumbres, como el mejor testimonio de la pertenencia consciente o inconsciente a una comunidad (Wobst, 1977; Wiessner, 1983, 255; Shennan, 1989, 17-21) y tal consideración es, a su vez, la mejor prueba de la existencia del concepto de etnia y, por tanto, de una *IDENTIDAD CULTURAL* propia.

Ya se ha incidido en el valor de las costumbres que, por lo poco conocido, parecen de tendencias igualitarias y compartidas por la mayoría de los componentes sociales, lo que puede interpretarse como indicio de un fuerte sentimiento de pertenencia a una comunidad étnica. El mismo resultado se obtiene de la evidencia dejada sobre el uso del gentilicio «Célticos» legado por los escritores y por la epigrafía.

Pero la incidencia más importante, definitiva, se registra en el estudio del estilo, cuyo máximo efecto se observa especialmente en el útil más popular: la *CERAMICA LOCAL*.

Ya hemos repetido en otras ocasiones que la cerámica de manufactura local, generalmente hecha a mano, es el producto más característico de estos «célticos» del Suroeste. En el estudio del estilo cerámico hemos considerado las directrices de Wiessner, quien destaca la importancia de dos factores responsables del valor simbólico (1989, 257-258):

El *factor emblemático* (Emblemic style) en símbolos estilísticos que funcionan como recordatorios conscientes de la existencia de una comunidad cultural. En este sentido su acción es siempre reconocida por los individuos pertenezcan o no a la comunidad. No sabemos cuáles de los numerosos motivos reiterados en la ornamentación cerámica funcionarían como signos emblemáticos aunque podemos aventurar algunos (fig. 69):

a) «Dientes de lobos» rellenos de paralelas y delimitados por flecos o sucesiones perladas. Suelen realizarse con técnicas inciso-impresas y aparecen en las cerámicas a mano de las fases I, II y IIIa, convirtiéndose en impresiones a ruedecilla sobre las vasijas negras a torno de las fases IIIb y IV.

b) «Polígonos radiados o semirradiados» estampillados generalmente con grandes improntas sobre los hombros de vasijas de tamaño medio, hechas a mano, y especialmente sobre las grandes vasijas de almacén indígenas, en todas las fases cronológicas. Se trata de uno de los motivos más recurrente y extendido por la región y, aunque como el anterior tiene paralelos exteriores, cree-



mos que en el Sado-Guadiana alcanza un valor específico y sin parangón peninsular.

c) «Antropomorfos y Zoomorfos» que son fundamentalmente estampillados aunque también, en algunos casos, inciso-impresos. Se trata de motivos que en modo alguno pueden equipararse a los anteriores puesto que sólo se han documentado en un par de yacimientos, pero su presencia es tan singular que debe destacarse como una solución específica del Suroeste.

d) «Motivos geométricos calados» propios de los llamados quemadores realizados a mano y con tipos y decoraciones colaterales bastante extendidos en el Sado-Guadiana. Fuera de esta región tales recipientes, e incluso los llamados pebeteros asimilables, aparecen como piezas puntuales y aisladas.

Así, tales motivos estilísticos pudieron tener un valor étnico aceptado, pero además, Wiessner exige la presencia de un... *factor de afirmación* (Assertive style) que asume la variación formal del estilo, no teniendo un uso simbólico explícito como signo de identidad, aunque cumpla esta función consciente o inconscientemente y refuerce por el contexto a la función de los elementos emblemáticos. En general, este factor lleva implícita una amplia gama de variabilidad estilística que se ha enfocado, en el caso del estudio sobre las cerámicas del Depósito A de Capote, desde una visión estocástica (fig. 12) («Isochrestic variation» de Sackett, 1985).

Tal investigación, completada por las similitudes con las cerámicas procedentes de castros tan alejados como Garvão, Badajoz, Vaiamonte o Miróbriga, permite confirmar, rotundamente, la personalidad específica de su estilo ornamental y, además, posibilita una inicial revisión sobre relaciones culturales (que no implican pero no rechazan las de naturaleza etnogenética), extrapolables de este estilo.

En estos conjuntos destacaban tres elementos culturales:

- a) La importancia de *la cerámica hecha a mano*.
- b) El *componente púnico-turdetano*, centrado en algunas vasijas hechas a torno y pintadas, así como en las numerosas «tigelas» o escudillas de casquete esférico.
- c) Ciertos *paralelos con la Galia y Etruria*, visibles en la toréutica y coroplástica.

*Las cerámicas locales hechas a mano* configuraron la mayor novedad de estos depósitos (Garvão, Capote) aunque sus fragmentos ya se habían detectado en poblados como Pedra d'Atalaia, Veirós, Miróbriga, Segóvia, Alcazaba de Badajoz o Pomar 1. En la comunicación presentada por los excavadores de Garvão al IV Coloquio sobre lenguas y culturas paleohispánicas (Vitoria/Gasteiz, 1985) se puso de relieve la existencia de estas relaciones «com a cultura de Cogotas II e como último período da "cultura das urnas"» (Beirão et alii, 1987, 220).

Posteriormente, Barrio Martín puntualizó estas conexiones mediante el estudio de uno de sus más característicos recipientes, ciertos vasos polípodos de altos y destacados pies. Este autor llama la atención sobre la dispersión de estas vasijas por el Valle Medio del Duero, acompañados de técnicas y decoraciones específicas:

calados, pseudoexcisiones, impresiones, excisiones (Barrio, 1987).

El estudio de las cerámicas del Depósito A de Capote ha servido para profundizar y establecer una primera propuesta de relaciones, cuya naturaleza se discutirá posteriormente.

*Las vasijas de cocina* y algunas cerámicas comunes hechas a mano muestran tipos y decoraciones (cordones digitados, impresiones o incisiones simples, asas de herradura y mamelones) de profunda tradición en la Prehistoria Peninsular, tanto entre los pueblos del Bronce Final del Alentejo (Corôa da Frade, Outeiro do Circo, etc.) como en el Bronce Final indígena previo o en contacto con las presencias coloniales interiores del Suroeste andaluz (Horizonte de Alhonor, Mesa de Setefilla, Cástulo, Cerro Salomón, Tejada la Vieja, etc.). Se trata de una perduración arcaizante de tipos y motivos que sólo tiene explicación en el éxito que mantienen las producciones a mano hasta el siglo II a. C. en el Sado-Guadiana. Esta constancia puede interpretarse como consecuencia de un relanzamiento de estas cerámicas cuando convergen con nuevos tipos y componentes de índole septentrional de similares tradiciones.

*La cerámica común y fina hecha a mano*, profusa y variadamente decorada, y de tamaños medios y pequeños, se afirma como componente típico del Hierro Dos de la cuenca baja del Guadiana, tanto a un lado como al otro de este río. En el Depósito A de Capote se fechan desde inicios del siglo IV a. C. mientras en el Castro de Segovia, Elvas, las fechas parecen ser más antiguas, aunque en este poblado desconocemos si están presentes estos tipos específicos.

Dos son las conclusiones que cimentan la hipótesis expuesta:

1. Las formas y motivos más complejos, y abundantes, no tienen antecedentes en el Bronce e Hierro I de la zona.
2. Ambos conceptos (formas y tipos) muestran un aspecto genérico pero también tipos, técnicas y motivos decorativos concretos (como los vasos polípodos, las argollas y mamelones, pseudoexcisiones, excisiones, impresiones a punta de espátula y estampillados) que encuentran claros paralelos entre las poblaciones del Hierro Dos del Duero Medio, del Noroeste y de Cogotas II (Barrio, 1988; Abásolo et alii, 1983; Wattenberg, 1969 y 1978; Castro, 1971; Fariña et alii, 1983; Ferreira da Almeida, 1974; Fernández Gómez, 1986; Cabré et alii, 1950; Cabré, 1930 y 1932; etc.).

En cuanto a sus orígenes, estas producciones «a mano» del Suroeste y sus decoraciones reflejan dos componentes.

Por una parte pueden haber recogido y potenciado las tradiciones decorativas de Cogotas I e incluso, más allá, las poscampaniformes (a estas tendencias responden temas sencillos de espigados incisos, pseudoexcisiones o impresiones puntilladas rellenando triángulos incisos, entre otras). Por otra, son derivados fieles de otra remota tradición, que generalmente se ha considerado evolucionada de las cerámicas de los «Campos del Urnas» del Nordeste (Almagro-Gorbea, 1986-1987). Ambas corrientes ornamentales se diluyen en el Hierro I de

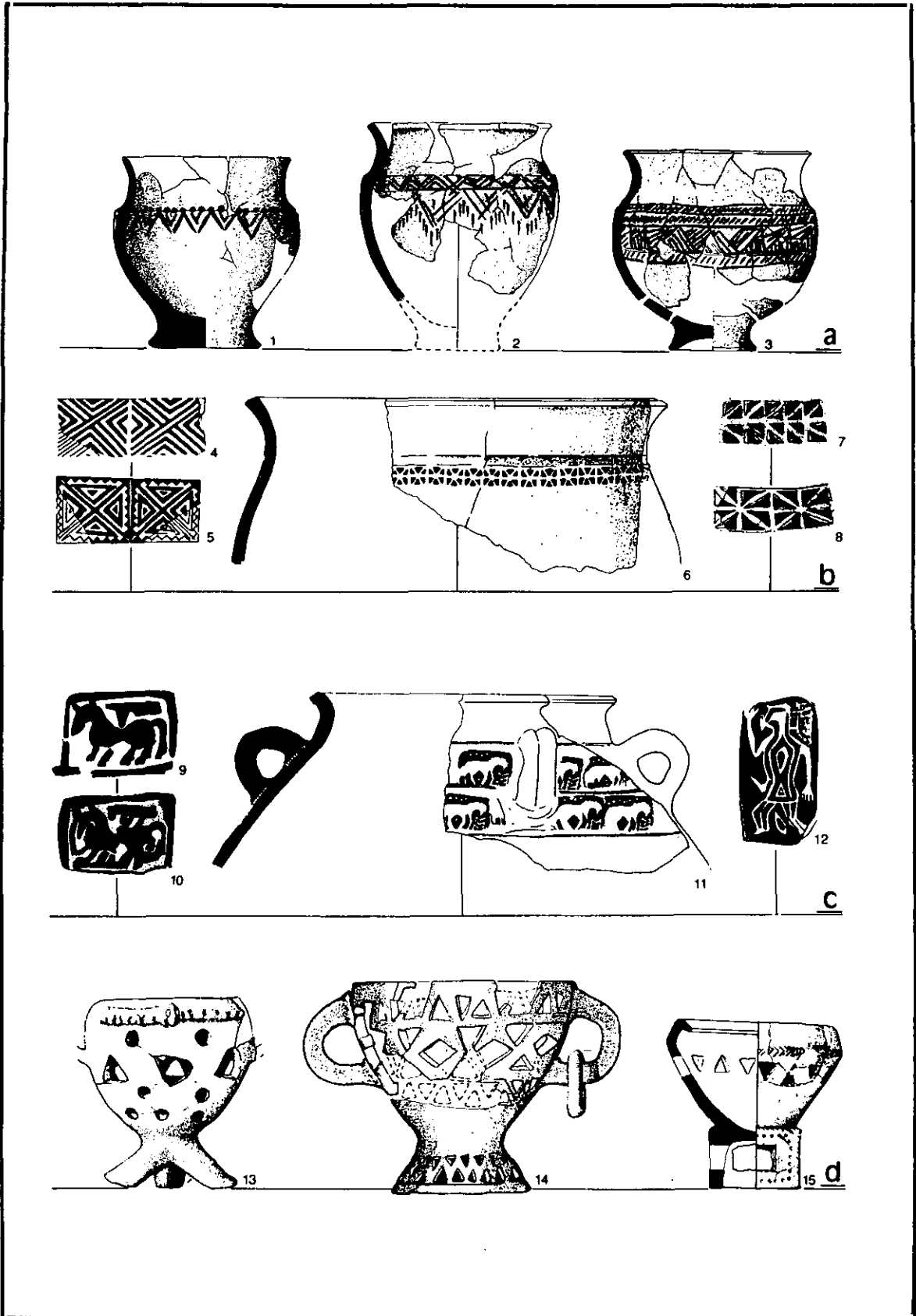


Fig. 69.—Propuesta de identificación de los elementos simbólicos del Estilo céltico del SO. 1-3, 6-10 y 14: Capote; 4-5: Segovia; 11-12: Badajoz; 13/15: Garvão.

la Meseta Norte y quedan marginadas a escasos vasitos «votivos» con la irrupción de la celtiberización (Blasco Bosqued, 1973 y 1974; Molina y Arteaga, 1976 y 1977; Ruiz Zapatero, 1979 y 1985; Almagro Gorbea, 1977-b; Castiella, 1977; Alvarez y Pérez Arrondo, 1987; Pons et Maya, 1988; Almagro-Gorbea y Fernández Galiano, 1980; Blasco, Lucas y Alonso, 1991, etc.).

Sin embargo, en el Mundo prerromano del SO reaparecen, por un lado, como el componente indígena de la Meseta, por otro, como elementos transpirenaicos rastreables desde el Bronce Final. Cuestionado este carácter alóctono, como la misma noción de «Campos de Urnas» peninsulares, no se puede dudar de la similitud de patrones y esquemas decorativos y de ciertas formas, como las cerámicas del Bronce Final Centroeuropeo e incluso como las de ciertas áreas hallstáticas (Drack, 1989).

Fenómenos de presión → expansión → concentración → centralización definen esta fase en Francia, Alemania o Suiza, donde aún no están totalmente aclarados, pese a recientes trabajos de P. Brun, Hatt o Milotte (en *La Notion de civilisation des Champs d'Urnes*, 1988, 621-622).

Sean círculos culturales o estilos decorativos, están formalmente muy cercanos a los peninsulares, especialmente el «RSF» (Rhin-Suisse-France Oriental) en su desarrollo oriental. Siguiendo los caminos del Ródano y las tierras que verán, a finales del siglo VII a. C., la temprana implantación colonial focense, tienen cierta continuación en los Campos de Urnas Catalanes (Garcés et alii, 1991, 38-49; Pons et Maya, 1988; Taffanel, 1978; Wells, 1985, 83-86; Cunliffe, 1988, 38-58; Princes celtes et..., 1988, etc.), pero relacionarlos con el Suroeste, a través del valle del Ebro y Duero, no puede ser más que una hipótesis futura a cuestionar (Pons et Maya, 1988, 545-558; Alvarez y Pérez Arrondo, 1987, 12 y 16-17; Ruiz Zapatero, 1985, 53 y 1055-1058; Molina y Arteaga, 1976, 190 y 193 y 1977).

En un contexto general, la mejor explicación sobre la existencia de un «corredor longitudinal» Valle del Ebro-Extremadura/Alentejo fue intuida por Arteaga en su magnífico trabajo sobre las «invasiones idoeuropeas» (1978, 20), pero la realidad es que todo planteamiento de este tipo es, por ahora, *MERA ESPECULACION* y no sabemos si los componentes de apariencia ultrapirenaica del Suroeste proceden de contactos marítimos, bien por el Mediterráneo, como por el Atlántico.

Los motivos estampillados pueden ayudar a aclarar esta confusa dinámica. En tal sentido es significativa la profusión de estampillados circulares y, de nuevo, son las comarcas del Duero Medio y Alto Ebro las que reflejan un gusto especial por este tipo de estampillado, donde las cerámicas de Numancia son el mejor ejemplo de ello. Por el contrario, no son frecuentes en el Círculo de Cogotas II, aunque sean bien conocidas, entre otros, en el mismo yacimiento epónimo, mientras que sus características estampillas discoidales adornadas con impresiones puntilladas (soliformes) son motivos desconocidos en el Sado-Guadiana. De nuevo también, los círculos son numerosísimos entre las cerámicas más antiguas de los castros gallegos, en las que el estampillado tiene un desarrollo independiente del de Cogotas II (Wattenberg, 1969; Abásolo et alii, 1983; Cabré, 1930; Orero, 1988, etc.).

Gran parte de las demás estampillas (cuadradas, rectangulares, reticuladas, «C», «S», exvásticas, etc.) tienen paralelos en Cogotas. Esta razón, junto con la cercanía geográfica, llevaron a destacar tales relaciones en los primeros trabajos del Hierro Dos Alentejano-extremeño (Arnaud e Gamito, 1974/77). El panorama actual permite cambiar el planteamiento inicial. La realidad es que el estampillado es tanto más antiguo en el Suroeste como en Cogotas y por supuesto, mucho más variado y numeroso, desarrollando en las posteriores cerámicas a torno el papel de las peinadas en el círculo cultural vetón (Cabré, 1930 y 1932; Fernández Gómez, 1986).

En este sentido no puede olvidarse el llamado «Círculo de Valdepeñas». Ya Almagro-Gorbea había llamado la atención sobre la proliferación de estampillados en la Submeseta Sur, en su clásico estudio sobre la iberización de la Meseta Oriental (1976/1978, 134-136; Vélez y Pérez Avilés, 1987). No obstante, el análisis del estampillado permitió ver que las similitudes del Sado-Guadiana son mucho mayores con el Círculo de Cogotas II que con el del Valdepeñas y afines, algo por otra parte esperable. Así, el estampillado no está generalmente asociado a la pintura, siendo una técnica que se desarrolla sólo o en unión a incisiones y molduras poco complejas, desde las vasijas a mano del siglo VI a. C., y posteriormente, mucho más numeroso, entre las hechas a torno y generalmente sobre pastas alternas, grises o negras.

Nuestra opinión es que el estampillado evoluciona en el Suroeste de forma independiente a los demás círculos culturales, pero manteniendo estrechas relaciones con el Duero Alto y Medio, y convergencias concretas con Cogotas II. Dada su antigüedad (siglos V-VI a. C. en Segovia, Elvas) y la presencia de las cerámicas finas a mano ya mencionadas, su origen creemos que hay que buscarlo en la aplicación de gustos y técnicas metalúrgicas y de trabajo de la madera similares a los documentados en la evolución de los motivos exciso-estampillados del Hierro I del Nordeste (Blasco Bosqued, 1974; Molina y Arteaga, 1976 y 1979; Ruiz Zapatero, 1979 y 1985; Alvarez Clavijo y Pérez Arrondo, 1987).

Por último cabe referirse a las *vasijas oxidadas y grises a torno*, con paralelos y relaciones más fáciles de plantear. Parece una característica del Sado-Guadiana el éxito del uso de la escudilla oxidada o cuenco de casquete esférico (tipo X). Basamos esta afirmación en el número y papel dominante que juega en cuatro importantes conjuntos prerromanos: las necrópolis de Elvas, los depósitos de Garvão y Capote, y el registro arqueológico de Badajoz.

Planteamientos similares cabe hacer con las vasijas globulares definidas en el tipo XIII e incluso en los cuencos del tipo XI, que como la anterior tienen su origen en las importaciones fenicias del Hierro Uno, Tartésico u Orientalizante y mantienen su continuidad tanto en el mundo ibero-turdetano, como, de forma más exclusiva, en el Occidente Peninsular (Aubert, 1976/1978, figs:2 y 3; Pereira Sieso, 1988 y 1989). Por ello catalogamos estos tipos (X, XI, XII y XIII) como producciones locales, reflejo, como las grandes vasijas de almacén, de las penetraciones que las cerámicas y gustos fenicios tuvieron siglos antes por las rutas occidentales.

Por otra parte, y puntualmente, aparecen formas típicas de valle del Guadalquivir que consideramos importaciones junto con los escasos vasos de «barniz» o engobe rojo. Asombra la poca presencia de estas relaciones, especialmente si se tiene en cuenta el concepto de proximidad geográfica.

Por último queda referir que las *PIEZAS METÁLICAS* no sólo ratifican las mismas relaciones peninsulares sino que algunos elementos apuntan conexiones con el centro de Italia, Etruria, Liguria y la Galia meridional (1).

El componente itálico comienza a ser valorado de forma novedosa o importante en la Protohistoria peninsular. Observamos cerámicas y decoraciones similares con los, muy anteriores, círculos de Golasecca o Este, junto con una presencia mayor de los elementos etruscos o cercanos a este foco, desde la orfebrería a la toréutica en bronce, el armamento conocido en escultura de piedra, o incluso en la misma coroplástica de Garvão (Maluquer de Motes, 1987-a, 54-60; Berrocal, 1989-a; Negueruela, 1990; véase *La presencia de Material Etrusco en la Península Ibérica*, Remesal y Musso, coords.). En este sentido cobra especial consideración los comentarios que realizó Javier De Hoz sobre un cierto trasfondo común entre las creencias y rituales descritos y documentados entre los lusitanos, y las conocidas en el mundo itálico del Lacio:

«Con la llegada de Roma a las zonas de Hispania habitadas por pueblos indoeuropeos se produjo un reencuentro a través de los siglos, a pesar de que se manifestase como enfrentamiento violento. En último término era el enfrentamiento de lo que la he-

rencia indoeuropea representaba en dos pueblos aferrados a viejas tradiciones, pero aislado el uno, miembro ya el otro del ámbito mediterráneo.»

(De Hoz, 1986, 49.)

En *CONCLUSION*, del análisis pormenorizado del tipo y dispersión de su cultura material, de las citas y observaciones contemporáneas y de la presencia de un estilo decorativo, principalmente reflejado en las cerámicas locales, es posible afirmar la personalidad cultural específica, de naturaleza y raigambre indoeuropea y occidental, de las poblaciones nativas hispanoceltas que ocuparon, al menos, desde finales el siglo V a. C. las cuencas del Sado y Guadiana.

Este contexto, que aparece con su máxima pujanza entre los siglos IV y II, representa, al menos, el reflejo de una nueva combinación de rasgos culturales y étnicos entre sus poblaciones. Ello pudo ser debido no sólo a la revalorización de los componentes culturales indígenas tras la caída de Tartessos y el fin del «dominio» oriental sobre las tierras interiores de Extremadura y el Alentejo, sino también a la incorporación masiva de elementos culturales foráneos, cuyos más cercanos paralelos encontramos en la Cuenca Media del Duero, aunque se constaten relaciones y convergencias con todo el resto de la Península y, más allá, con el centro-sur francés e Italia.

Se va confirmando así la tradición tardía recogida por Plinio sobre el origen celtibérico de los Célticos de ambas orillas del Guadiana (de los que fueron englobados en la Lusitania y en la Beturia romana), procedencia que parece concretarse en ambientes pre o proto-celtibéricos de ámbitos arevacos, y no belos como superficialmente pudiera suponerse (por la concordancia de topónimos como Nertóbriga o Segeda).

La lengua reflejada en las inscripciones latinas, sus creencias, costumbres y probable sociedad «igualitarista», el tipo de hábitat pre-urbano y, sobre todo, la singularidad de un estilo, en muchos puntos tan cercano al conocido en la cuenca del Duero, permiten confirmar la validez de nuestras conclusiones y plantear nuevas vías de actuación para un futuro próximo.

(1) Corregidas las últimas pruebas de este libro hemos reconocido la presencia de un colgante de múltiples vástagos de bronce en el nivel 3/4 de Capote (calle) y en el mismo depósito A, idéntico al documento como «hallstático» en el Poblado de Coll del Moro (Tarragona), en esquemas alpinos y norditálicos de tipo «Albate» (Vilaseca, 1953, *Coll del Moro*, lám. IV. 1; Ridgway, 1979, «The Este and Golasecca Cultures», fig. 32. 9; Ruiz Zapatero, 1985, 978-979).

La importancia de tan indudable asociación estriba en la confirmación de las relaciones con los Campos de Urnas tardíos Catalanes que otras piezas del depósito (figurita laminar de bóvido, pulsera de hilo torcido) y el mismo estilo de la cerámica a mano habían apuntado.